

Oposición y subversión: testimonios zapatistas

Salvador Rueda Smithers

Y todo esto pasó con nosotros.
Nosotros lo vimos,
con esta lamentosa y triste suerte
nos vimos angustiados.

(Ms. Anónimo de Tlatelolco, 1528)

El presente ensayo tiene la finalidad de reiniciar una ya añeja reflexión sobre el carácter histórico del movimiento campesino zapatista (1911-1920). Por principio, se maneja su significado esencial no sólo como el de una rebelión anticapitalista, sino, sobre todo, como el de una alternativa histórica particular, vencida y limitada durante la revolución mexicana, pero de ningún modo clausurada ni extinguida. Varios han sido los pensadores¹ que han intentado comprender al zapatismo como un proceso distinto y paralelo al de las otras facciones revolucionarias (muy semejantes entre sí tanto en su base social como en sus objetivos de lucha), que respondió de manera propia a las circunstancias locales, anteponiendo su propia perspectiva histórica —lo que eran y lo que querían ser— a los proyectos del estado y a los de sus contemporáneos revolucionarios norteros. Es entre estos pensadores donde se debe buscar el origen de la reflexión sobre la esencia de este movimiento; aquí sólo se retoman algunas de sus ideas y se trata de explicar, a la luz de una investigación empírica reciente, el funcionamiento práctico y contradictorio de aquella alternativa campesina, haciendo hincapié en los mecanismos de motivación internos y sus condiciones, expectativas, logros y limitaciones en el ámbito superestructural.

Es verdad que al movimiento zapatista se le califica de utópico. Sin embargo, como podrá verse, dista mucho de ser tal en un sentido estricto: no se trató de la mera formulación abstracta de una sociedad diferente en

un *no-lugar* (u-topos), sino del ejercicio real y profundo de una manera de concebir y ordenar al mundo en su totalidad. Fue algo más que el simple deseo de un selecto grupo de hombres sobre una sociedad ideal: la llevó a la práctica una amplia base social, fundamentándose en sus costumbres y en sus raíces culturales, dentro de un espacio estructural y superestructuralmente delimitado. La práctica "utópica" de los campesinos del centro-sur del país se manifestó y afianzó cuando, como rebeldes zapatistas, subvirtieron el orden impuesto y se hicieron dueños de su destino. Podría comparársele, guardando cierta distancia, con la utopía husita, practicada en su presente como una proyección hacia el futuro; a través de la identificación cultural del campesinado sureño, de la libre ejecución de sus concepciones del mundo, del tiempo, del espacio, del orden y del hombre, los zapatistas vivían su historia en un intento por prolongarla -y no abolirla, como sugiere Mircea Eliade en su estudio sobre los movimientos de contenido milenarista. Evidentemente tuvo sus límites; fue, como diría Karl Mannheim, una "utopía relativa", como cualquier otra realizada o realizable.

Podrá verse, por último, que esta reflexión no está disparada de una necesidad teórica inmediata. En la actualidad, la práctica política debe tomar en cuenta la realidad parcelaria de los grupos y sectores sociales precapitalistas (como los campesinos zapatistas y, ahora, los guatemaltecos, salvadoreños, etc.), sus formas de actuar y de pensar, sus perspectivas históricas propias ("utópicas"), y sus modos de llevarlas a cabo. La rebeldía armada no únicamente respaldó la recuperación de las tierras, sino que defendió la organización —ordenamiento— de su entorno a

través de un cuerpo legal —implícito y explícito— que fundamentó sus formas de gobierno, de impartir justicia, de ubicación y reubicación campesina en pueblos, campamentos y cuarteles, de dirección y regulación de la producción y de la distribución, etc., cuyo funcionamiento concreto, cotidiano, sustentó uno de sus logros más trascendentes: la autogestión campesina al margen del estado nacional, a través del municipio libre y del ejercicio político democrático. Habrá que incorporar a la discusión, pues, las posibles formas de articulación de las luchas liberadoras parcelarias o tangenciales con las vías de transformación más globalizadoras, de clase (con las proletarias, por ejemplo), dentro de una concepción plural —ni etnocentrista ni de sociedad polar— sobre los caminos de liberación. Aquí sólo se da un ejemplo histórico: la visión —percepción— de los zapatistas sobre su historia y un acercamiento a su comprensión.

El campesino sureño y el movimiento zapatista

Como ya se ha dicho², la tecnificación de las haciendas e ingenios azucareros morelenses hacia 1875, produjo una ruptura³ en el equilibrio que de siglos (más o menos desde mediados del siglo XVI) habían establecido con los pueblos y comunidades campesinas que las abastecían de fuerza de trabajo. El desequilibrio trajo descontento: algunas de sus manifestaciones (como el conflicto electoral en la entidad en 1909) fueron rápidamente apagados por el estado, acostumbrado a reprimir y disolver levantamientos indígenas y revueltas populares regionales. Sin embargo, en 1911, cuando la crisis en la contradic-

ción hacienda cañera-campesinos en Morelos era a duras penas mediatizada y controlada por hacendados, gobernantes y fuerzas rurales, la pugna en el bloque en el poder central canalizó coyunturalmente el descontento de los campesinos adhiriéndolos al movimiento nacional maderista que puso fin al gobierno de Porfirio Díaz. Fue de este modo, pues, como un movimiento campesino regional hallaba forma en una insurrección política general que propugnaba por cambios en las cabezas gobernantes y por algunas reformas que, en el caso de Morelos, topaban con el poder y los intereses de los hacendados, y que no podrían solucionar —ni siquiera en parte y muy a pesar de los intentos de Madero— la crisis estructural que dio origen al zapatismo. Así las cosas, los zapatistas en principio buscaron un cambio en las formas de propiedad agraria regional; esto, evidentemente, los enfrentó no sólo a los hacendados sino al mismo estado en su "modalidad" porfiriana, rebasando las propuestas políticas maderistas. El rompimiento con el estado y con sus gobiernos se hizo inminente: en noviembre de 1911, la proclamación del Plan de Ayala marcó el inicio de la lucha por la libertad y la autonomía campesinas, en donde se siguieron caminos de organización, objetivos políticos y dinámica propios, bajo los esquemas de la lógica campesina sureña.

Pero la contradicción estructural que originó al zapatismo tiene elementos complejos que es necesario remarcar para entender la profundidad del movimiento. Esta contradicción tiene una doble vertiente: una particular e inmediata que se ha enunciado como la de "hacienda cañera-campesino morelense"⁴ manifestada por la apropiación de las fuerzas productivas del área (tierras, aguas, trabajo)

por parte de la primera, y que hizo crisis —con su modernización— a partir del último tercio del siglo XIX; y una vertiente general, esencial, que enfrenta al capitalismo, como modo de producción dominante y envolvente, con formas de producción precapitalistas campesinas con las que se articulaba, que, en ese caso, encontraban su último reducto como tales en las comunidades y pueblos, donde pervivían —persistían— relaciones sociales horizontales o simétricas⁵. A su vez, las haciendas, durante el proceso de tecnificación, no promovieron la transformación total de las relaciones sociales con su fuerza de trabajo, esto es, no buscaron la proletarianización del campesino, sino que procuraron que estos continuaran con sus viejos mecanismos de producción (o sea con la organización social basada en el parentesco y el compadrazgo en que se fincaba la simetría interna⁶), mediante la sujeción de los trabajadores a la tierra, tanto las de la comunidad como las arrendadas de temporal, por cuya explotación el campesino completaba sus ingresos. De esta manera, el afianzamiento de las formas culturales del campesino sureño se debió precisamente a la relación campesinado-hacienda: ésta última aprovechó los mecanismos de producción y distribución de autoabasto de la economía campesina para evitar pagos de salarios a los trabajadores estacionales (los "libres"), durante los meses de poca labor en los campos e ingenios; al mismo tiempo, aseguraba la oferta constante de fuerza de trabajo sujetando a los campesinos a las tierras (y mínimamente por deudas). Así, a pesar de que durante la temporada de siembra, riegos y zafra los peones jornaleros de las haciendas, en campos, molinos e ingenios, podrían ser definidos —dadas las

características en la especialización del trabajo, las formas de pago, etc.— como proletariado agrícola, la retribución que recibían era insuficiente para vivir y reproducirse, por lo que mantenían como necesidad básica su organización para la producción propia, junto con los elementos superestructurales que amalgamaban, respondían y reflejaban ese modo de relación social⁷.

En la vida cotidiana, pues, eran campesinos, no proletarios; o por decirlo de otra manera, el peso de ser campesinos superó *en y por* su realidad particular al de ser proletario agrícola. Y este punto es importante en la comprensión del carácter agrario del zapatismo: las exigencias de los campesinos no giraron alrededor de reivindicaciones proletarias (como las manifestadas por los orozquistas e incluso por fracciones villistas y carrancistas) de las que nunca llegaron a ser conscientes, sino que defendieron y reprodujeron en el movimiento sus conductas cotidianas tradicionales, orientando su lucha hacia la recuperación de las tierras.

Una vez desatado el movimiento y haciéndose claras las expectativas campesinas en su revolución, el estado —a través de los gobiernos de De la Barra, Madero y Huerta, primero, y del de Carranza después— siguió la conducta tradicional del estado capitalista —esto es, como constante histórica— al hacer frente a formas precapitalistas persistentes: la violencia demostrativa de un poder superior que no dirime diferencias con grupos considerados como inferiores a través de la negociación o siquiera siguiendo los presupuestos occidentales modernos sobre la guerra⁸. La represión al campesino sureño tomó la forma de "guerra de selección", buscando aislar y acabar con un foco rebelde

—de "descamisados", según la expresión del ministro García Granados en 1911— solucionando a la hacienda, de paso, el problema del excedente de fuerza de trabajo que presionaba a la estructura social y económica campesina y que amenazaba a las haciendas con sus exigencias de tierra⁹. Después, al extenderse el zapatismo a las zonas aledañas, desde 1913 —como ya se dijo, por una causa coyuntural—, se convirtió en una guerra de reconquista y exterminio. "Pues aquí hasta los perros son zapatistas", dijo un oficial carrancista. Por su parte, los requerimientos y objetivos campesinos se fueron afinando con el tiempo y con la adhesión —también coyuntural— de grupos no campesinos al movimiento¹⁰, quienes, además, dieron forma literaria a las demandas políticas campesinas, algunas de ellas en franca contradicción con la realidad cotidiana zapatista.

La oposición campesina. Las formas culturales como determinantes de la organización interna.

La lucha por la supervivencia campesina, como forma última de oposición y defensa ante el estado y su sector de clase dominante modernizador¹¹, tuvo como requerimiento básico el que al interior de la organización zapatista se reprodujeran aquellos elementos sociales y superestructurales que los caracterizaron como campesinos, esto es aquellos aspectos que constituían y se derivaban de las complejas relaciones simétricas dentro de la organización campesina, con su consiguiente reforzamiento y radicalización ideológica y cultural. Valores morales, legalidad, religión, protocolos, conductas y códigos de comunicación y de relación interna, con-

ceptos de espacio y tiempo, etc., fueron puestos en práctica a través de todo un programa político escrito e implícito, dentro del espacio controlado por los guerrilleros zapatistas.

Pero esas mismas concepciones del mundo y del espacio circunscribieron a estos campesinos —muy distintos a los de otras áreas del país¹²— estrictamente al centro-sur de la República, lo que limitó geográficamente las posibilidades militares del movimiento y también, por tanto, de acción política. Los guerrilleros, apéndices armados de las comunidades, difícilmente salían de su región, no sólo por las dificultades logísticas que esto les hubiera ocasionado, sino también —y, tal vez, sobre todo— porque no concebían una lucha lejos de sus tierras, lejos de su espacio natural de movimiento. Por ejemplo, una de las causas manifiestas y principales de la oposición a la leva huertista fue la “de morirme en el norte, mejor aquí donde conozco”¹³.

Políticamente, empero, sí dirigieron su discurso a la nación —por medio de los escritos elaborados por los zapatistas no campesinos y firmados por el propio Zapata—, aunque, por lo anteriormente expuesto, tanto social y cultural como geográficamente era imposible que encontraran eco en tipos de campesinado totalmente ajenos a la historia particular, ideologías e idiosincracia de los sureños. Se hizo evidente, además, en el programa político zapatista, la contradicción entre lo practicado dentro, en la cotidianidad campesina, y lo dicho hacia afuera por pensadores —los llamados “ideólogos” del zapatismo— que no eran campesinos ni comprendieron sus prácticas y conductas (de todos modos avalados por Zapata). Así, pues, no siempre existió una correspondencia entre

las realidades particulares campesinas y la realidad nacional concreta que visualizaban los artífices formales del programa político de los rebeldes sureños.

Y el carácter regionalista del zapatismo fue, a la vez, su fuerza y su debilidad: fuerza porque lograron conjuntar al Ejército Libertador *de y con* los pueblos en una simbiosis totalizadora (los guerrilleros eran los *representantes* de los pueblos en la lucha armada¹⁴), a la par del exacto conocimiento del territorio que pisaban y controlaban, haciendo de sus guerrillas grupos difíciles de derrotar, resistentes, escurridizos y fácilmente reproducibles o sustituibles; y fue debilidad porque la limitación militar (tanto por aquellas características conductuales —derivadas de las concepciones espaciales— del campesino sureño como por las deficiencias en armamento y material de guerra) hizo que el movimiento tuviera su clímax entre 1914 y 1916, con la expulsión de los hacendados y del ejército federal, y con el control total, económico y político-jurídico, de su zona de operaciones, siéndole entonces ya imposible extenderse. El centro de México (Morelos, estado de México, Distrito Federal, Puebla, Guerrero, Tlaxcala), se convirtió en una isla —“zona liberada”— donde la revolución campesina sureña pudo practicarse a sí misma como alternativa histórica, con base en las conductas sociales campesinas¹⁵. La explotación de las haciendas, el usufructo y propiedad de las tierras a través de su reparto y restitución, la propagación de sus ideales políticos, la vigilancia de la buena marcha en la cotidianidad de los pueblos y campamentos, y de las relaciones económicas y sociales entre ellos (ya que la guerra exacerbó su dependencia mutua), la explicitación legalista del orden campesino,

etc., sufrieron una transformación radical con respecto a su funcionamiento durante el porfiriato. El gobierno campesino, autónomo y opositor de los "gobiernos nacionales" anteriores —y contemporáneos— (que se legitimaban y explicaban por medio de las armas y del consenso, como representantes del estado-nación), invirtió los mecanismos de dirección y control políticos ajustándolos a la concepción cultural campesina de gobierno-jefe-protector y relacionándose con éste directamente¹⁶, reflejando así la simetría de las formas de organización básica comunal. Quedaba claramente delimitada la "utopía campesina": funcionaba y se reproducía únicamente dentro del espacio de control zapatista —gran área cultural—, sin que pudiera practicarse hacia afuera porque las condiciones históricas externas (estructurales y coyunturales) les eran muy ajenas a los revolucionarios sureños. Pero además tampoco hicieron muchos intentos por extenderla. En los manifiestos y proclamas de Zapata —sobre todo las de 1916 en adelante— se hizo patente que "las costumbres" zapatistas eran exclusivamente de los sureños, y que respetarían "los usos y costumbres" de los campesinos de otras zonas, a los que invitaban a sumarse a la rebelión del sur¹⁷. Asimismo, aunque se hicieron llamados a los obreros a participar de su "utopía", las frustradas huelgas en Veracruz, Puebla, México y Orizaba, hacia 1917, convencieron a Zapata de la inutilidad de las formas de lucha proletarias, lo que le hizo ofrecer a los obreros un lote de tierra y convertirse en campesinos¹⁸. Las condiciones históricas del zapatismo en el contexto general de la revolución —ya había triunfado el carrancismo— y las particulares de los campesinos del sur —"los obreros a las

fábricas y nosotros al monte"¹⁹— evitaron una posible alianza. Hacia adentro, sin embargo, la "utopía" organizativa funcionó autónomamente aún después de la muerte de Zapata y trascendió históricamente en las formas de oposición y rebeldía posteriores, subyaciendo detrás de distintas banderas políticas e incluso encontradas, como la cristera, la tallarinista y la sinarquista, por una parte, y la jaramillista por la otra.

El *mare magnum* revolucionario, como cualquier fenómeno histórico de este tipo, mezcló y catalizó el proceso de la contradicción estructural del centro de México con otros que eran distintos y lejanos a su dinámica interna. Por un lado, los hacendados morelenses, expulsados de sus territorios y propiedades, se amalgamaron, con más fuerza que nunca, al gobierno nacional (De la Barra, Huerta), cuyos enemigos no eran únicamente los zapatistas; por el otro, los rebeldes sureños se cohesionaron internamente alrededor del Plan de Ayala, incluso con los "otros" zapatistas, los campesinos no morelenses, gran parte de ellos sin el problema crítico de las haciendas "tradicionales" con las que se relacionaban. La caída de Madero y el ascenso de Victoriano Huerta a la presidencia definieron las posiciones: de una parte, los hacendados que apoyaron el golpe de estado y respaldaron al usurpador en su campaña contra los revolucionarios; de la otra, estos revolucionarios, que se rebelaron por todo el país, con objetivos y perspectivas disímiles, pero todos antihuertistas. El empuje revolucionario decidió —con la intervención tardía de los Estados Unidos— la derrota del ejército federal y el desmoronamiento del gobierno de Huerta; esto, a su vez, significó la derrota de los poderosos hacendados —entre ellos los

morelenses— dejando en manos revolucionarias la dirección del país. Los zapatistas tomaron las haciendas e ingenios de Morelos: la contradicción estructural, en su vertiente particular ("hacienda cañera-campesinado") quedó resuelta. Empero, a pesar de que Zapata, sus consejeros-secretarios y sus jefes principales iniciaron la reorganización económica del centro del país —enfrentándose a muchísimas dificultades, entre ellas la regresión a la producción maicera en campos cañeros—, no se plantearon nunca la transformación radical de la estructura social —y por consiguiente, una nueva forma de estado o su franca desaparición—, por lo que la vertiente general de su contradicción ("capitalismo-precapitalismo") siguió latente aún en su zona de control. La línea política que plantearon contempló la existencia de la propiedad privada —no sólo de la tierra— nada más que ahora en igualdad jurídica con la comunal de los medios de producción del campo. Por su parte, el grupo revolucionario carrancista adoptó como medida política táctica la reivindicación agraria —posteriormente médula de su proyecto nacional—, y quitó así legitimidad al zapatismo ante la base campesina no sureña. La reforma agraria fue incorporada a la "revolución triunfante" desde 1917. Del mismo modo, los carrancistas propugnaron por la reorganización del país siguiendo el esquema liberal de gobierno, matizando algunas de las funciones estatales; además, las múltiples alianzas con los diversos sectores sociales —como con grupos obreros y campesinos de gran parte del país, llevadas a cabo durante el mismo movimiento, los definió como el grupo *militarmente vencedor*, mientras que la amplitud nacional de su visión reorganizadora,

aunada al espacio ganado militarmente, en donde podían poner en práctica sus postulados, los definió como los *políticamente vencedores*. A pesar de ello, sólo con el cansancio interno (enfermedades, hambrunas, emigraciones) y con la fuerza militar pudieron quitar a los campesinos sureños su autonomía y re-sujetarlos al estado nacional.

Utopía campesina: la organización zapatista.

Tratemos de explicar brevemente en qué consistió la "utopía campesina sureña" y sus raíces culturales. Por lo pronto, podemos adelantar que esta "utopía" no puede definirse en esencia como la intención de promover o imponer una manera imposible de gobernar o de formas de producir campesinas a la nación capitalista²⁰, reflejando imaginarias concepciones sobre una incierta "edad de oro". Por el contrario, esta llamada "utopía" dejó de ser irreal o irrealizable históricamente pues existió ya de hecho aunque limitada a un reducido espacio regional *dentro* de los grupos que la promovieron. En realidad fue, más bien, la alternativa histórica propia de los campesinos. Sobre la "utopía" zapatista han hablado ya Womack, Gilly y Warman; los tres coinciden en situarla en el momento en el que pueden los zapatistas gobernarse sin más dificultades que las planteadas por los mismos campesinos. Sin embargo, aquí proponemos que esta etapa (1915-1917) sólo fue la más alta de su práctica utópica; la utopía se gestó desde el momento mismo en que se desdobló la guerrilla de las comunidades, cuando la oposición se convirtió en subversión, y funcionó durante todo el movimiento.

Tomando en cuenta, pues, que el tradicionalismo campesino fue producto histórico

de su relación con la hacienda y no nada más una "herencia cultural prehispánica y colonial" transmitida casi genéticamente a lo largo de los años, será fácil comprender el por qué las formas de oposición asumidas por los zapatistas reflejaban fielmente las relaciones sociales internas campesinas y sus mecanismos culturales de cohesión. Las ligas de compadrazgo y parentesco que fundamentaban la familia extensa, la función de los individuos en la organización colectivista para la producción y la distribución, la primogeneitura, la edad, el sistema de la herencia, los cargos religiosos, la división sexual del trabajo, etc., que conformaban la economía, del prestigio²¹, atravesaban la estructura social y la cotidianidad campesinas, determinando cada acto de su vida y dándoles valores específicos a tiempos y espacios, ordenando desde dentro, en fin, la escala social. En este sentido, todos los aspectos del vivir cotidiano de los campesinos tenían ya un orden y un objetivo, marcados de antemano por una cobertura superestructural (símbolos de poder, valores morales, religiosos, legales, etc.) que daban dirección y explicación —con sus códigos y protocolos— a las conductas y prácticas costumbristas de varias generaciones²². Asimismo, sus maneras de oposición y rebeldía a la hacienda (símbolo evidente de la opresión y autoritarismo estatal) eran ya uno de los ámbitos de la cotidianidad, de la que se desdoblaban en forma natural. El ejemplo más claro en el zapatismo era la misma organización guerrillera, desde la cabeza del movimiento hasta su base. Emiliano Zapata, prestigiado opositor de la hacienda y buen jinete²³, fue elegido caudillo de la lucha primero por sus propios coterráneos (los de Anenecuilco) para dirigirlos y

representarlos²⁴ ante las comisiones made-ristas, de donde recibió "ratificación" al ser nombrado general revolucionario. Era, pues, el puente de enlace de una comunidad frente a los acontecimientos nacionales. Para cuando sobrevino el triunfo de Madero²⁵, los mecanismos culturales campesinos de elección y apoyo a un cargo comunal —en este caso el del *opositor* a la hacienda y defensor de las tierras y libertades campesinas— se habían echado a andar. La dinámica de la economía del prestigio puso en marcha los engranes necesarios para la delegación de autoridad. Al igual que en la elección de "calpuleques", o en reconocimiento implícito a los caciques, el nombramiento de los caudillos llevaba tras de sí una experiencia ancestral, una costumbre, un arquetipo, cuya esencia era simple: la conjunción de valores múltiples, con significados exactos, todos ellos propios de "la autoridad", en una sola persona, la que en ese instante se convierte en un *símbolo de poder dispensador*. De esta manera, las ideas de *padre, caudillo, cacique, representante*, que implicaban las de *dirección, protección y responsabilidad colectiva*, se fundieron en Zapata y, en su espacio y jerarquía, en los otros caudillos regionales dándole valor diferente y superior que al de cualquier otro hombre, incluso al de él mismo antes de la designación de su función²⁶. Este valor, sin embargo, lo sujetaba al cumplimiento estricto de ciertas obligaciones asimismo culturalmente prede-terminadas: ser juez implacable e imparcial, no hacer distinciones entre sus protegidos, ver por el bienestar colectivo, etc., conteniendo, entrelazados, sus propios vehículos. Así las conductas cotidianas campesinas eran llevadas a la práctica. Una de esas obligaciones era, por ejemplo, la de dispensar po-

der; el vehículo era copiado de los mecanismos de la organización comunal misma, con base en las relaciones de parentesco. Sus parientes, compadres y amigos obtenían —por el simple hecho de tener esa liga con Zapata— un prestigio, jerarquías, mando y funciones específicas dentro de la estructura militar de la oposición, y le daban, de este modo, coherencia y orden internos a la organización rebelde. El hermano, el primo, los sobrinos, los compadres, los compadres del primo o del hermano (y posteriormente los hijos), etc., conformaron gran parte de la pirámide rectora del movimiento.

Y así como la organización campesina en los pueblos fue el modelo conductual del que se desdobló la célula dirigente del movimiento, también de ese modo dió a luz a las guerrillas, instante supremo de la oposición cotidiana. Los soldados zapatistas no fueron incorporándose gradualmente y como individuos aislados, como los campesinos norteros villistas y carrancistas; por el contrario, sólo cierto tipo de hombres —generalmente jóvenes, con una posición secundaria en la escala social local, derivada de su papel en la organización para la producción o los perseguidos por la ley— fueron aceptados en el Ejército Libertador del Sur como *combatientes permanentes*²⁷. Los demás, los que tenían familia que alimentar y proteger, los que tenían tierra que cultivar y animales que cuidar, conformaron al *ejército estacional* zapatista, cuyo ciclo de lucha armada respondía a las necesidades y obligaciones en el campo durante el ciclo agrícola, y que empuñaban las armas eventualmente, cuando eran requeridos para las grandes movilizaciones militares, como el encajonamiento de los federales huertistas y la toma de Chilpancingo, o los movimientos

masivos respaldando la entrada zapatista a la ciudad de México. Las mujeres, niños y el resto de los hombres formaron parte de la población "pacífica".

La incorporación de brazos campesinos a las guerrillas, por otra parte, no lesionó el equilibrio económico comunal: ellos mismos reproducían, a nivel *micro*, la organización campesina en general y la de la dirección zapatista en particular, pues eran considerados —algunas veces implícita y otras explícitamente— los *representantes* de sus pueblos ante la revolución y sus funciones militares correspondían a las de un "trabajo" como cualquier otro²⁸. Como podrá verse en los testimonios zapatistas que más adelante se exponen, pelear era igual de importante que sembrar. La guerra y sus secuelas de violencia interna (de los bandoleros "ayateiros" derivados del zapatismo y tenazmente perseguidos por Zapata, y de los voluntarios gobiernistas) incidían directamente en la producción del campo: la labor de los guerrilleros era mantener a toda costa "la normalidad" campesina por medio de las armas; y esa "normalidad", ese orden, era concebido, ahora, como libertad de gobernarse, de trabajar, de decidir sobre sus asuntos internos sin la intervención de "fuereños catrines". La vida de los "pacíficos" era azarosa pero no caótica. Su concepción del orden reflejó y puso en práctica su idea de "buen gobierno". La libertad municipal y la gestión directa en la resolución de los problemas particulares de cada pueblo (con la vigilancia estricta del cuartel general) involucraron a la gente como comunidad; dividieron, así, las funciones civiles de las militares, ambas jerárquicamente iguales e importantes para la revolución.

Las conductas campesinas que dirigieron la intimidad entre los pueblos y el Ejército Libertador eran echadas a andar desde el momento mismo —y a través de— la incorporación de los guerrilleros. A pesar de que las causas directas de incorporación individual al zapatismo son, obviamente, casi infinitas —variantes entre uno y otro de los combatientes, como se verá en la selección de testimonios²⁹—, los mecanismos de aceptación a las filas, el trato dado a los recién incorporados, el *status* adquirido y por adquirir al interior de las tropas, la obtención de grados y ascensos —cuyo valor era distinto al de un ejército profesional con modelos europeos, e incluso a los de las otras “facciones” revolucionarias³⁰—, etc., siguieron patrones conductuales específicamente campesinos. Se puede, por lo pronto, hablar de dos formas generales de incorporación, de acuerdo a sus causas y a sus protocolos: la directa, estructural (contra las haciendas y el gobierno de Díaz, Huerta o Carranza), que tuvo una dinámica “convencimiento-contrato social”, y la indirecta o secundaria, coyuntural, con la dinámica contraria, “contrato social-convencimiento”. Ambas formas, sin ser excluyentes ni rígidas, distinguieron en general a dos tipos de zapatistas, pues sus características se derivaban tanto de la situación histórica de las distintas áreas centro-sureñas, como de los ritmos impuestos por la guerra. Así pues, el “convencimiento-contrato social” fue más común en Morelos, donde el zapatismo nació como reacción a la modernización de la hacienda cañera en perjuicio de los pueblos (crisis en la contradicción estructural); el “contrato social-convencimiento”, por su parte, fue más frecuente en aquellas zonas hacia donde se ex-

tendió el movimiento, en las cuales, en términos generales, no se había puesto en crisis la relación hacienda-campesinos. En el primer caso, los insurrectos eran conscientes de que su situación era causada por las haciendas y por el gobierno de Díaz, aunque una buena parte justificó el levantamiento más por las pésimas condiciones de trabajo que por una necesidad vital de tierras; una vez levantados en armas, pedían apoyo explícito —pues en algunos casos implícitamente ya lo tenían (como el coronel Cármen Aldana, de Tepalcingo)— a los pueblos que representaban. Los segundos, en cambio, se toparon con una situación *de facto*: la entrada de gavillas rebeldes a las poblaciones, en busca de elementos de boca y forrajes, hizo que algunos jóvenes campesinos se “contrataran” con el jefe del grupo, a nombre del pueblo, para evitar desmanes y abusos (por ejemplo el capitán Severiano Castillo, de Santa Cruz, D.F.), enterándose después de los fines del movimiento, esto es, el “contrato social” en representación y para protección del pueblo. La otra causa frecuente de incorporación fue la leva federal, entre 1913 y 14, que no dejaba más alternativa a los campesinos que ligarse a las fuerzas rebeldes³¹.

Los mecanismos de incorporación, dirigidos hacia la reproducción y sustitución de los guerrilleros, también tenían un antecedente cultural y práctico. Cuando algún jefe de familia campesino moría, su lugar era inmediatamente ocupado por su viuda o por su primogénito, siguiendo pautas ya establecidas por los sistemas de herencia; del mismo modo eran sustituidos los jefes y soldados guerrilleros caídos en batalla o por las enfermedades. El caso más conocido es el de la coronela Rosa Bobadilla viuda de Casas, quien

ocupó el puesto, con grado y mando de tropas, del que fuera su marido³². Fue común, también, que cuando un soldado moría su lugar fuera cubierto por alguno de sus hijos o parientes cercanos. Como puede verse, los pueblos campesinos siempre tuvieron quien los representara en el movimiento, de ahí el arraigo, la tenacidad y la persistencia de las guerrillas zapatistas, que podían soportar, con más o menos flexibilidad, duros golpes³³ y reponerse de ellos en poco tiempo.

El círculo contractual entre pueblos y Ejército Libertador se cerraba con eficacia y exactitud. Los pueblos apoyaban logísticamente a las bandas rebeldes y éstas cuidaban y cumplían con lo prometido en el Plan de Ayala: expulsar a los hacendados, restituir las tierras, defender la organización campesina autónoma y opositora ante cualquier gobierno que no la quisiese reconocer como logro jurídico máximo de su revolución y, en fin, hacer sobrevivir, junto con los campesinos mismos, sus metas de lucha de "Reforma, libertad, justicia y ley"³⁴.

La guerra fue cruel y larga. La intención estatal de no dejar que dentro del espacio nacional existiera una ínsula campesina³⁵ que desconociera y se opusiera a los designios del centro —pues en ello iba su propia existencia como estado-nación— se derivó en la constante aplicación de la violencia mutua que, en ocasiones, llegó a grados apenas creíbles. Al practicar su propia alternativa histórica de gobierno bajo las particulares maneras de concebirse a sí mismos, los pueblos campesinos tuvieron que pagar el precio de la libertad: fueron arrasados por las tropas ocupantes federales (Huerta le dió el pomposo y técnico nombre de "campana de ocupación" a la represión en Morelos en 1911³⁶) y por las no

menos sangrientas fuerzas carrancistas (recuérdese la matanza de Tlaltizapán)³⁷. Las siembras fueron quemadas; la población, hostigada y perseguida. Fueron nueve años de lucha por sobrevivir —con un intervalo de poco más de un año de "medio pavecita", al decir de una anciana morelense. Los campamentos en los montes, la siembra de "tlacololes", el comercio en pequeño, el robo "a los enemigos de la revolución" y la emigración, fueron los caminos más transitados por las familias de "pacíficos" y revolucionarios. La vida en los campamentos sólo tuvo un sino: el procurarse alimentos y huir de los enemigos. "Se sufrió mucho", dicen los viejos del área; se comió lo que hubo —desde biznagas, cactus, perros, a veces res o caballo, algunos granos de maíz y frijol— y cuando se pudo, siempre en las peores condiciones. El número de muertes de niños, mujeres y ancianos tal vez igualó o superó al de los combatientes. Quizá la lectura de este texto de los indígenas conquistados en el siglo XVI, y su comparación con los testimonios aquí reproducidos de los campesinos zapatistas del siglo XX —descendientes de aquéllos—, nos den alguna idea del precio que se pagó en la esfera más sensible, la cotidiana:

Golpeábamos, en tanto los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.

Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con escudos puede ser sostenida su soledad.

Hemos comido palos de colorín,
hemos masticado grama salitrosa,
piedras de adobe, lagartijas, ratones, tierra en
polvo, gusanos...

Comimos la carne apenas,
sobre el fuego estaba puesta.
Cuando estaba cocida la carne,
de allí la arrebatában,
en el fuego mismo, la comían.

Se nos puso precio.
Precio del joven, del sacerdote,
del niño y de la doncella.

Basta: de un pobre era el precio
sólo dos puñados de maíz
sólo diez tortas de mosco;
sólo era nuestro precio
veinte tortas de grama salitrosa³⁰.

La épica zapatista, como historia de una viabilidad campesina entre campesinos, se llevó a cabo en la vida cotidiana de los pueblos y campamentos, y no sólo en los campos de batalla ni en el cuartel general de Zapata, como la historiografía lo ha mostrado hasta ahora. Fue en este ámbito de lo cotidiano donde se reprodujeron los valores tradicionales campesinos, su religiosidad y creencias mágicas, sus conductas, sus ideologías y concepciones sobre el tiempo y sobre el mundo cercano y lejano, elementos todos que dieron coherencia a la política interna del cuartel general, desde las restituciones de la tierra y la reglamentación sobre el comercio de productos básicos, hasta la *Ley General Administrativa para el Estado de Morelos*, la del Municipio Libre y la *Ley Orgánica de Ayuntamientos para el Estado de Morelos*, pasando por los permisos para transitar por las "zonas liberadas" (salvoconductos) o para sacar en procesión a algún santo milagroso o promotor de lluvias³⁹. El Plan de Ayala, Emiliano Zapata y las guerrillas regionales eran los símbolos de la protección y de la esperanza de mejoras; los pueblos y campamentos eran los espacios donde se realizaban

los logros, nacían las expectativas y se impartía la justicia, aspectos tangibles que legitimaban al movimiento ante los mismos campesinos.

Tal como lo ha expuesto Cirese, las oposiciones de clase o de sector de clase tienen una equivalencia en la cultura⁴⁰. Esta constante histórica no tuvo excepción en México: las conductas contradictorias de los campesinos y del estado han circundado esa realidad. Así como el movimiento zapatista reprodujo la idiosincracia, las costumbres y las conductas sureñas como productos y manifestación de una oposición secular a las haciendas, al estado y al capitalismo (como modo de producción dominante y aplastante, y no sólo a sus modos de explotación), de la misma manera el estado reaccionó con formas conductuales preestablecidas por su ideología, a través de las prácticas usadas en ese momento histórico. Para ejemplificar citemos sólo un caso: mientras que para los campesinos Zapata era símbolo de poder dispensador (paternal), para el estado era el símbolo de la destrucción "venida de fuera", la amenaza a la civilización, el "Atila del Sur". El mote no fue una ocurrencia: Atila era sinónimo de muerte, de barbarie, de violencia casi animal, del "peligro amarillo", del siempre belicoso y arcaico oriente que se cernía sobre la grandiosidad racionalista del occidente. Atila, como símbolo, era una concepción occidental de aplicación universal⁴¹. Eran Atilas, pues, todos aquellos hombres que dirigían luchas abiertas contra la dominación y la penetración capitalista (desde bandoleros hasta revolucionarios, elementos de disolución social) escondidas tras la máscara del "progreso" y la "razón". En este sentido, pues, el esquema de la contradicción sería el siguiente:

de un lado Zapata —símbolo de poder dispensador-campesinado precapitalista autónomo; y como contraparte Zapata—símbolo de destrucción por causas externas—capitalismo (occidentalista)-estado nacional.

Las conductas contradictorias se manifiestan en todas partes y todo el tiempo. La imposibilidad de una negociación Madero-Zapata o de Carranza-Zapata se dió por las diferencias en las concepciones ideológicas generales y no por desacuerdos momentáneos. Las palabras "justicia", "legalidad", "gobierno popular", "nación", "revolución", etc., tenían, para los oponentes, significados contradictorios. Para sintetizarlos y no alargar inútilmente esta exposición, citaré a Manuel Márques Sterling, quien, con aguda capacidad de análisis, comprendió perfectamente la esencia de esta contradicción: "Y la horda teme la paz, porque la paz, para el indio, implica sumisión y pauperismo. La guerra lo enseña a ser hombre y el orden le obliga a ser bestia. Y la horda crece y domina; y emplea contra el *científico* los instrumentos de combate que la civilización ha colocado en sus manos crispadas. El criollo quiere la paz, en ese momento, porque la paz le conviene. Será el rey del paraíso que labren los indios. Pero al indio le conviene la guerra; porque la guerra es, para él, libertad, y el cañón de su fusil lleva el cuerno de la abundancia. Ha logrado escurrir la cabeza del cepo que los blancos llaman, en México, prosperidad y adelanto y organización social y política"⁴².

La derrota militar de los zapatistas no hizo variar esencialmente la contradicción en las concepciones. La muerte de Zapata fue, para los campesinos, el paso a la mitificación cuasi religiosa del símbolo: del hombre que muere por los demás pero que en realidad si-

gue viviendo (que huye y se esconde en un espacio lejano e inaprehensible: Arabia, Hungría...⁴³), que persiste en la memoria histórica popular como ejemplo de la viabilidad de sus posibilidades y de sus alternativas. Para el estado, en cambio, la muerte de Zapata fue el único camino para desmembrar la autonomía campesina y para la posterior copatación política —a través del reenvío del símbolo ya no como "Atila" sino como "Héroe" nacional, maleable y bien muerto— de la gran masa de campesinos y de uno de sus objetivos de lucha: la restitución (ahora dotación, lo que jurídicamente es distinto) de las tierras⁴⁴.

El movimiento zapatista sembró los cimientos de la lucha campesina post-revolucionaria. La épica se convirtió en mito, cuya ejemplaridad —al mismo tiempo producto y motor cultural— atravesó y enriqueció la organización social campesina y sus formas prácticas de oposición. Detrás de los movimientos más recientes, con banderas disímiles y contradictorias (cristeros, sinarquistas, jaramillistas, etc., cuya base social era la misma y agrupaban a guerrilleros ex zapatistas) persistió la idea de oponerse al estado capitalista —en cualquiera de sus formas gubernamentales y manifestaciones de dominación— bajo la concepción organizativa campesina, con objetivos fundamentalmente agrarios (aunque formal y esencialmente diferentes a los postulados en el Plan de Ayala) y con Zapata como símbolo vivo, enriquecido y amalgamado con los "discursos posteriores" dados a su figura tanto por el estado como por los mismos campesinos. La "utopía" campesina pudo practicarse *dentro* una vez, y dejó huella; sus formas siguen siendo modelos de organización inter-

na; sus conductas sociales siguen respondiendo a las concepciones culturales propias (aunque tal vez ahora ya no en Morelos) de la oposición cotidiana. La única manera de

comprenderlo, aprenderlo y articularlo es dejando que sean ellos mismos quienes platicquen su *experiencia particular, su historia propia*.

La épica zapatista.*

"Pues aquí en la revolución el mayor número de levantados en armas fueron indígenas, porque estos fueron los que sintieron más la fuerza opresora del hacendado; entonces, aunque sin armas y hasta a pie se fueron a la lucha y fueron muchos".

Pascual Aguilar Tenango
Tepalcingo, Mor.

"Nos fuimos por los sufrimientos que teníamos con los hacendados que nos trataban muy mal, como bestias, y por eso no soportamos, la gente no soportó y vino la revolución mexicana".

Macedonio García Ocampo
Juchitepec, Méx.

"Pues yo realmente [entré a la revolución] porque ya los hacendados ya nos trataban como a esclavos y ya nos trataban muy mal. Ya tenía yo 20 años y nos pusieron algunos capataces más jóvenes que nosotros y esos son los que nos maltrataban y siendo menores de edad y nosotros nos deshacíamos por vengarnos, y no pudimos porque andaban los soldados porfiristas entre la gente, y no podíamos mal odiar y nos aguantábamos, nos aguantábamos y así seguimos trabajando y hasta después nos aburrimos y ya tanto que nos hacían. Trabajábamos de sol a sol, desde que amanecía hasta pasando la tarde nos dejaban venir aquí al

pueblo, y está lejos de aquí a allá, como seis kilómetros; teníamos que venir andando. Veníamos a llegar como a esta hora, las ocho o las siete, para venir a cenar. A veces hubo días que no cenábamos de lo cansados".

José Contreras
Tepetlixpa, Méx.

"¡Uh! Yo trabajé en la hacienda de Cuahuixtla, en la hacienda de Tenextepango, en la hacienda del Hospital y todas eran iguales. ¿No le digo a usted que no me gustó porque pues era de a puro chicotazo con chirriones?".

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

"Todavía estaba la esclavitud dura, estábamos trabajando pero diario allí en las tierras, y todas ya se las había agarrado la hacienda. Porque Díaz le dió más lado al hacendado que a los vivientes. Como ora este pueblo, pertenecía aquí a Cuahuixtla y tenían que ir a Cuahuixtla; los que no, allá a la hacienda del Hospital, de seis a seis. La esclavitud, pues".

Encarnación Sánchez
Aneneuilco, Mor.

"(...) y temprano ahí vámos entonces de nuevo a la hacienda, y el que llegaba tarde le daban de cuerazos y como podían nos contraban y yo siempre me des-

pachaba mis taquitos y siempre iba a tiempo, para no tener motivo para que me maltrataran.

En esa época trabajamos desde chicos; empezamos a crecer y ya unos y otros nos decíamos que qué haremos, o cómo nos quitaremos de aquí, pos ni modo, no se puede. Y aguantamos y aguantamos y aguantamos hasta que por fin ya se oían las voces de la rebelión del general Zapata..."

José Contreras
Tepetlixpa, Méx.

"La hacienda tenía su ejército: Vaya, tenían uno como regimiento, que les nombrábamos los amarillos, porque traiban ropa amarilla. Y también tenían soldados de caballería que andaban aquí resguardando el borde, porque había un alambrado en todo el canal... y había unas barrancas de cal y canto, y había un alambrado para que no se saltaran de allá para acá. Al que agarraban, cualquier individuo que agarraban en el borde, así, del lado de adentro, luego luego se lo llevaban pa' Chalco preso. Pues allí los tenían presos: a algunos los mandaban de soldados, a otros había aquí algunos individuos que iban a hablar por ellos y los dejaban libres. Ese era el gobierno que tenía el dueño de la hacienda".

Félix Vázquez Jiménez
San Juan Ixtayopan, D.F.

Las entrevistas que sirvieron de base a la siguiente selección de testimonios fueron realizadas por Alicia Olivera, Laura Espejel, Citlali Marino, Carlos Barreto, Adolfo García Videla y Salvador Rueda.

"Pues íbamos a trabajar allá, a plantar arroz o azúcar, a sembrar la caña. Sí, ahí trabajábamos los que teníamos [tierra] más chica aquí, pues vamos a trabajar a la hacienda. Porque quién sabe por qué se adjudicó Tenango, Tenextepango, todo eso pa'allá, y nosotros íbamos a trabajar ahí. Decía el representante que estaba ahí: —Voy a sembrar dos tierras; todos los ahijados me van a ayudar un día con la yunta, a barbechar o a sembrar... Otra vez toda la gente iba a ayudarle un día, íbamos a sembrar la milpita; iba la yunta, el gañán y un peón por parte de la hacienda"

J. Cármen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

"Ya un hombre de experiencia de 25 ó 30 años ganaba su peseta, y nosotros que teníamos 15, 18 años, pues dieciocho fierros, que era un real y medio".

Telésforo García García
Ocuilán, Méx.

"Nomás les pagaban ora sí que a los casados; les pagaban dieciocho centavos y a los solteros seis centavos les pagaban".

Ignacia Peña Vda. de Fuentes
Huiztilac, Mor.

"Sí, había administrador. Nos trataban mal, nos mandaba y nos quería hasta pegar. Les pegaban a los que se quedaban atrás, y a los que no, pues no. Nos mandaban a volar y con palabras duras. Pues nos trataban mal ¿no le digo a usted que nos arriaban como si fuéramos animales?"

Félix Vázquez Jiménez
San Juan Ixtayopan, D.F.

"A las seis de la mañana ya estábamos en el puente, porque ahí pasaba el mayordomo a traernos a

caballo; pues él a caballo y nosotros corriendo delante, porque entonces así se usaba, a chicotazos, ¿no? Llegando nos tomaban los surcos y a trabajar... Los mayordomos, como eran consentidos de la hacienda, no les importaba chicotear a sus paisanos, pegarles. Entonces se usaba mucho cuartear a cualquiera, como no había justicia todos aguantaban... No, no había justicia, ninguno se rajaba, ninguno iba a quejarse porque nadie le hacía justicia. Los españoles tenían la vara en la mano, ellos eran los de todo".

Leopoldo Alquicira Fuentes
Tepepan, D.F.

"A las mujeres, si pegaban o estaban enamorando en la calle, las acusaban y a la bartolina, y al novio a acarrear piedras. Sí, esa era la ley de Porfirio Díaz".

J. Cármen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

"Pues anteriormente oía yo hablar de parte de don Porfirio, en cuestión de que a los que asesinaban luego los mandaba a fusilar. Anteriormente, porque era tiempo más delicado y había más respeto. Así era su ley".

Juan Arellano Aguilar
Milpa Alta, D.F.

"Porfirio Díaz les dió las concesiones a los extranjeros, por eso nosotros no teníamos ni qué comer... nos trataban muy mal. Está bien que todo estaba barato, pero estábamos oprimidos. Cualquiera que quería hacer, como quien dice, ponerse en contra de él, lo mandaban fusilar. Por eso él duró muchos años de presidente".

Félix Vázquez Jiménez
San Juan Ixtayopan, D.F.

"Se daban la mano los hacendados, ya el pobre no tenía garantías. ¿Pero qué vamos a hacer pues? Mandaba el gobierno y el hacendado cabrón, hasta que no se levantó Zapata. Todo estaba a favor del gobierno, no admitían cosas aquí; que se iba a reclamar unas tierras, no, no se podía. No había justicia, todo para la hacienda".

J. Cármen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

"Porfirio Díaz les dió garantías a los gachupines, a los curas y hacendados; así fue como duró él 33 años y medio, quería ser rey. Así que dominaba más el gobierno de las haciendas que el de Porfirio Díaz. Sin embargo, él duró 33 años y medio porque quería ser rey y reinar a México".

Serafin Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

"Yo supe por esta razón: estábamos acarreamos maíz a Chietla y me encontré una profecía en el camino, un papelito así (era profecía de Santa Lucía), de que venía la revolución; 'Que ya está cerca', así decía. Dice: 'Viene cuatro cosas: viene la guerra, viene la enfermedad, viene el hambre y va a haber una señal arriba'. Y les platicaba yo aquí a los viejitos y decían: — No, qué va. El gobierno de Porfirio Díaz está bien, tiene más de noventa mil bayonetas para combatir a la revolución.

— Pues quién sabe, pero viene la revolución. Ora, pa'qué nos sirva que aleguemos más: hay que esperar, primero va a haber una señal arriba.

Era un lucero que echaba harto humo; fue como cometa. Y así dijo la profecía".

Agapito Pariente Aldana
Tepalcingo, Mor.

“Pues ahí estaba Torres Burgos, que era el que fue a hablar con Madero para levantarnos aquí en contra de Porfirio Díaz... Y en ese mismo año, en el año '10 empezamos a dar unas cuotas, los pobres de cincuenta centavos cada ocho días y las tienditas de a peso; en ese año se juntaron esos centavos para la revolucón”:

Serafin Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

“Después quería agarrar el hacendado. Decía: —A ver el catastro.

Lo vió y dijo: —Uno que otro están al corriente. Estas tierras son baldías todas, de manera que —dijo el hacendado— si lo ganan buena mente les van a dejar como cien metros alrededor del pueblo para que sus burritos anden por aquí, y si ustedes no quieren entonces el patrón les va a poner la cerca pegada al casco del pueblo, los burritos han de andar en el pueblo, no tienen qué comer.

Y ya los abuelos (yo tenía mi abuelito ahí) no dicen sí ni no. Yo le dije a Wulfrano Gómez; —Los abuelos no quieren, no hablan, tienen miedo. Entonces le dijimos al representante: —Mire, si quiere venir el patrón, que nos venga a poner la seña pegada al pueblo y a ver quién amanece con la barriga verde a la salida. (...) A otro día llegó el representante de Tenango, trajo una bota de dinero:

— Mire usted, esto le manda el patrón.

— ¿Pa' qué?

— Pa' que agarre usted a esos muchachos locos, ese Cármen Aldana y Wulfrano Gómez.

— No, yo no los agarro.

— ¿Por qué no?

— Ya son hombres, que venga el gobierno y los agarre, ya estos van a saber por qué los van a agarrar, yo no los voy a entregar.

— Bueno, entonces voy a decirle al patrón.

Ya mi abuelo dijo: —¡Ay, carajo; los van a agarrar! ¡Pobre este Cármen Aldana, es familia de nosotros!

— Por eso ya oyó usted que yo les dije que no, no los agarro. Que pasen por aquí y que se cuiden del gobierno, de los guachos.

Ya entonces se decía que Zapata ya viene, que quién sabe qué y que la chingada...

Yo me andaba escondiendo por ahí con los vecinos, por ahí así, unas veces en la troje, a veces en el zacate, chispaba el manojo y ahí me metía... Sí, hasta después dije: —Está cabrón esto. Que le pido a mi abuelito el rifle y que me voy. Los jallé [a los zapatistas] en Los Hornos”.

J. Cármen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

“(...) ahí en el Jilguero, como a las seis de la tarde estaba el general Zapata. Estaba recargado sobre su caballo y entonces yo le dije a uno: —Oye, yo quisiera conocer al general Zapata.

Entonces él levantó la cabeza y me dice: —¿Qué se te ofrece, chamaco?

Le digo: —Pues yo quería conocer al general Zapata.

— Aquí me tienes a tus órdenes, Emiliano Zapata. ¿A qué veniste?

— Venimos a la revolucón.

Félix Vázquez Jiménez
San Juan Ixtayopan, D.F.

“Esas gavillas no se sabía quién las mandaba, pues estaban lejos. Ya al venir 1911, nosotros trabajábamos aquí en San Juan

Chinameca, arriba estábamos haciendo una atarjea grande para que pasara el agua, y entonces ya vimos: bajaron, de ahí de San Rafael, pero hartos de a caballo y unos a pie; llevaban sus reatas y por ahí bajaron, pero hartísimos...

Les decían ‘los rebeldes’, allá se oyó decir: —Los rebeldes ya iban pa’ abajo”.

Agapito Pariente Aldana
Tepalcingo, Mor.

“Atacamos Jojutla con este Tepepa, Gabriel Tepepa. Ese se unió con doscientos hombres, nos esperaba en Alseseca. Ya de aquí nos fuimos sesenta individuos en la feria de los viernes, y nos fuimos a la Villa de Ayala a pegar el grito; allí nos levantamos con otros cien...”

Serafin Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

“El primer chingadazo que tuvimos fue en Los Hornos cuando me fui yo a dar de alta. Apenas llegué, que me dan mi caballo; ya llevaba yo el rifle de mi abuelo. Cuando fuimos eran como las dos, por ahí; nos fuimos a un llano grande, ancho, está el cerro. Nos juntamos con los de Casasano y de Cocoyoc, ya éramos compañeros... Jurámos la bandera de Zapata: ¡Juren bandera!”.

J. Cármen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

“Pues éramos chamacos pero ya nos daba gusto oír que ya había quien se había levantado en armas en contra del ejército de don Porfirio Díaz. Ya entonces por dondequiera oíamos ¡Viva Madero! ¡Que viva Madero! Y así fue como se fue oyendo, bueno, se oyó ya hablar de la revolucón”.

Félix Vázquez Jiménez
San Juan Ixtayopan, D.F.

"(...) pos de la bola de la revolución de Madero yo decía: —No sé que cosa será esa revolución de Madero. Bueno, porque Madero le decimos a la Santa Cruz. Y decíamos que este madero que quién sabe qué cosa es ese Madero. Bueno, que se sabe pues ya estalló la guerra por el norte".

Santos Guzmán Ruiz
Jojutla, Mor.

"El [Zapata] nos dijo:

— Miren, nosotros no queremos para un día, vamos a quitarle las tierras al hacendado y pa' darles a los pueblos, a los pobres. Eso es lo que vamos a pelear. Mi tierra me la quitaron pero yo se las voy a quitar a fuego y sangre. ¿Me acompañan?
— Pa' eso venimos general. Ya no es posible lo que hace Porfirio Díaz con nosotros.

— Eso está bueno. Entonces, ¿cuento con ustedes?

— Sí, general.

— Entonces vámonos pues para el Cerro Prieto, ya me llegó la noticia de que ya viene el gobierno pa'ca, por aquí por Chinameca".

J. Carmen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

"Ya sabían que nos íbamos a levantar, ya sabían que Madero ya estaba trabajando. Antes de la revolución catearon mi casa porque ya me hacían revolucionario. Y yo digo: —Antes que me vayan a matar, mejor me voy a la revolución".

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

"Después nos platicó Zapata. Dijo: —Pues Madero dice que lo acompañemos, de acuerdo con nosotros. El llama al gobierno pa' allá y nosotros para acá, pa' que no nos den en montón todo el gobierno;

por allá le quita la intención, que no bajen pa' acá. Pa' allá los llama Madero, pa' allá hay balazos, y por aquí también".

J. Carmen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

"(...) el general Aureliano Blanquet ya estaba en el Cerro de las Tetillas, entre medio de Cuernavaca y Yauteppec está el cerro ese; ya ahí estaba el general Aureliano Blanquet. Entonces el presidente de la república era interino, era León de la Barra; ese mandó a Madero que viniera a conferenciar con Zapata a Cuautla, Morelos. Vino a conferenciar con Zapata y León de la Barra luego luego mandó las fuerzas para que atacaran a Zapata cuando estuviera conferenciando con Madero y matáramos a Madero y él se quedara como presidente constitucional. Bueno, pues ese día yo me incorporé a las fuerzas de Zapata; ahí fue la primera vez que me puse a echar unos balacitos".

Félix Vázquez Jiménez
San Juan Ixtayopan, D.F.

"Pues decían que habían quedado de acuerdo Zapata con Madero, del Plan de Ayala reconocido en San Luis Potosí por Madero. Ultimamente, entrando Madero, ya no hizo caso de eso y al ver eso fue cuando Zapata se le volteó, porque lo que había prometido ya no se había cumplido ¿verdad? ya no hacían caso, por eso es que Zapata desconoció a Madero. Ahí comenzaron las dificultades".

Mauricio Garduño
Tepepan, D.F.

"(...) se subió arriba de un carro del tren y empezó a arengar ahí, empezó a decir —Compañeros del estado de Morelos, estoy agra-

decido que me hagan ayudado a derrocar al gobierno de don Porfirio Díaz. Pero sí al mismo tiempo sé decirles que las tierras son de los hacendados y el que quiere tierras, que trabaje.

Entonces había fuerzas ahí, soldados de nosotros y luego luego empezaron a gritar: —¡Qué muera Madero! ¡Muera Madero!, porque dijo que las tierras eran de los hacendados... Bueno, pues de allí ya empezaron a licenciar a la gente. A cada quien le iban dando cuarenta pesos: —¡Ya vete pa' tu tierra! ¡Ya se acabó la revolución!. Entonces el general Francisco Mendoza dijo que si no se cumplía lo que había prometido, que entonces nos íbamos al cerro otra vuelta. Ya de ahí fue como nos fuimos otra vuelta a la revolución".

Félix Vázquez Jiménez
San Juan Ixtayopan, D.F.

"Madero, entonces con el poder que tenía, nos mandó a licenciar a nosotros, diciéndole a Zapata que le iba a regalar una hacienda y que le iba a dar cosas y no sé cuánto. Dice: —Me vas a regalar todo eso ¿y mi gente qué? A mí me cumples eso que yo quiero: terrenos pa' mi gente, y lo que dura un gobernador. En fin, agua, tierra y libertad".

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

"Porque hablaban mucho los compañeros con nosotros. Dijeron: —¿Ya supieron que a don Francisco I. Madero ya lo mataron?

— ¡Cómo! ¡Pues si están unidos él y el general Zapata!

— Sí, están unidos, nada más que ya lo asesinaron. Ahora ya quedamos namás aquí nosotros los zapatistas, así es que ya son zapatistas,

ya somos zapatistas”.

Juan Arellano Aguilar
Milpa Alta, D.F.

“(…) ya eligieron a don Panchito Madero como presidente de la república, figuró como presidente de la república... Lo malo que hizo don Francisco Madero (por eso le pusieron el grande apóstol de la revolución, porque él creía que todos los que lo rodeaban eran ángeles), dejó en pie de guerra al ejército contra el que había peleado, ese fue el gran error. Victoriano Huerta se puso a las órdenes de don Francisco I. Madero antes, antes de la decena trágica. Ya viniendo la decena trágica a don Victoriano Huerta le entró la codicia de usurpar el poder, conforme lo hizo, porque usurpó el poder. Lo desconocieron muchos gobernadores y [hizo] muchas crueldades del país entero, pero él se cimentó, se hizo dueño del poder, volvió a renacer la grande revolución de 1910”

Salomé Romero
Ajusco, D.F.

“Ya de Madero qué chingados; peleamos las tierras pa'l pueblo”.

J. Cármen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

“Maderistas, éramos maderistas. Después, cuando supe que ya éramos zapatistas, pero yo no me daba cuenta cómo fue y cómo se volvieron a darse de zapatistas; pero total, que ya éramos zapatistas”.

Juan Arellano Aguilar
Milpa Alta, D.F.

“Me fui porque quemaron Huitzilac y despoblaron; y claro que quemaron merito en 1911, cuando nos despoblaron. Cuando estalló la revolución fue en 1910, hubo sitio; de ese sitio, al año como quien di-

ce, sembramos nuestro granito de maíz, pero todo se quedó, trapos y ¡qué se entienda! todo se quedó ahí en la casa, todo... Entraron a quemar, pero fue el gobierno, no los zapatistas, entró el gobierno. Nada, nada pudimos rescatar de la casa, nada. Animalitos, lo que tenía mi mamá linda, no pudimos rescatar nada, haga usted de cuenta que nos quedamos en la calle. Haga usted de cuenta, cuando oíamos la balacera y que quemaron, nos metíamos dentro de las yerbas, ¿qué otra cosa? Así”.

Ignacia Peña Vda. de Fuentes
Huitzilac, Mor.

“Emiliano Zapata fue el que quemó aquí porque dijo que sólo así podían salir los españoles de acá. El pueblo era muy chiquito, ora está grandísimo porque han hecho varias colonias, pero anteriormente, cuando yo llegué aquí, no. Todo eran campos de caña, eran campos de caña”.

Viviana Guerrero Mejía
Coahuixtla, Mor.

“(…) nos quemaron, por eso nos salimos. Ahí envolvimos nuestros trapos y llevamos nuestros ayates, nuestros metatitos, nuestro comalito y ¡vámonos de aquí! Nos fuimos. Luego íbamos a hacer nuestro ranchito por ahí en los montes que divisamos la primera vez; fuimos a dormir aquí donde le decimos nosotros El Chichilcayote, allá pusimos nuestro ranchito pero de puro zacate y tapado pa' que no lo vuele el aire, tapado con una rama de oyamel. Luego de allá nos sacaron, nos fuimos para Jatlaco, pero así, cargando todo, todavía llevábamos nuestros pollitos, aunque sea cargando y todo ahí vamos. Pero pus no, no nos de-

jabán llevar, mejor los matamos, porque los gallitos y las gallinas nos entregaban. ¿Por qué? Pus porque cantaban”.

Concepción Pasalagua Huertas
Ajusco, D.F.

“Los del gobierno quemaron el pueblo porque aquí acabamos toda la tropa de ellos, fue de esa muina que quemaron el pueblo. Ya no había gente pacífica del pueblo, todos se habían ido por donde quiera, por eso quemaron aquí el pueblo”.

Nicolás Chávez Reyes
Ajusco, D.F.

“Aquí sí yo lo vi, harto gobierno; luego en las orillas empezaron a quemar y a todos los que encontraron los mataron... A nosotros nos quemaron parte de una trojita de maíz; empezamos a sacar de noche: todas las noches salía y sacaba yo y lo guardábamos allá por las cuevas”.

Agapito Pariente Aldana
Tepalcingo, Mdr.

“Todo quedaba bien, sin descomponer nada. Nada más los dueños dejaban las haciendas y se iban a allá a México, se iban a Estados Unidos, a donde podían escaparse, dejaban sus ingenios. Todo eso nada más quedaba a nombre de la revolución; cuando los ingenios fueron de México, fueron de la revolución”.

Serafin Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

“(…) si era yo chamaco, qué sabía yo, y cuando me fui a la revolución me llevaron, no supe ni por qué; a sufrir porque pues no a otra cosa y ya después como se sufrió se gozó, pero no era el chiste”.

Norberto Reyes Yáñez
Ajusco, D.F.

"(...) con la gente que andaba yo casi ninguno era casado, éramos puros muchachos de mi época, puros jóvenes".

Leopoldo Alquicira Fuentes
Tepepan, D.F.

"Porque ellos animaron a varios ¿verdad? a que nos uniéramos a defender un derecho que era lo que peleaba el zapatismo, el Plan de Ayala".

Mauricio Garduño
Tepepan, D.F.

"El precisamente se fue siguiendo el mismo plan de don Emiliano Zapata, la tierra y libertad ¿me entiende usted? Defendiendo sus tierras y la libertad de sus tierras. Esa es la causa que hizo ir a mi hermano a la revolución".

Salomé Romero
Ajusco, D.F.

"¿Sabe usted por qué? Porque mi papá tenía su ganado y una vez que fue a pasearlo en el monte lo quitaron. Yo dije: para que aquí a mañana le puedan pegar a mi padre, entonces me levanté en armas y me fui con los maderistas y entonces ahí pedí el salvoconducto y se lo vine a dar en Boca del Monte a mi padre para que no lo molestaran. Así es que cuando llegaba la compañía de nosotros y le decían: —A ver, un borrego— mi papá sacaba su salvoconducto y decían— No hay que hacerle nada porque su hijo está con nosotros".

Juan Arellano Aguilar
Milpa Alta, D.F.

"Supe que se habían levantado en armas por allá y sí, llegó un tiempo en que llegaron unas gavillas hasta acá; y teníamos unas vaquitas, entonces yo era pastor de las vaquitas de mi papá allá en el campo. Y nos las querían quitar

aquéllos que vinieron: —no, pos traemos la orden de que nos des una vaca para comer. Ya habían agarrado una vaca, de las mejores que tenía yo, y pues yo apurado ¿verdad? Yo les dije: —No llevan mi vaca, vale más que a mí me lleven y no mi vaca. Entonces el coronel Antonio Rangel quedó muy atento y dijo:— ¿Cómo, te quieres ir tú? —Pues vale más que yo me lleven y no mi vaca, dejen mis vacas. Dice: —¡A darle! Entonces sí no se llevan nada pero vamos ahora. Y digo: —Sí nos vamos, cómo no. Entonces mi papá llegó y dijo: —¿Ya se van a llevar las vacas? Y yo le dije:

—No se las llevan.

Que regreso y le digo al coronel:

—Coronel, sabe usted, no se van a llevar ni una vaca de aquí en este pueblo; yo me voy a ir pero ni una vaca se llevan en este pueblo.

—Arreglado, ¿pero vas?

—Sí, tengo que ir, yo lo voy a cumplir, nomás déjeme ir a mi casa a traer mi ropita y nos vamos, que me coma yo un taco y nos vamos.

— Arreglado. Entonces orita yo voy a ordenar.

Ya se habían sacado unas vacas por acá, y jue a ordenar que no se llevaran las vacas, que ya no se llevaran ni una vaca. Luego ya llegó él [el coronel] y dice:

— Ese Severiano Castillo ¡A ver, que pase por acá! Salí y pos me dieron mi caballo luego luego. En eso llega una señora corriendo y llorando, que ya se llevaban una vaca, y digo: —Oiga, regresen esa vaca. Y la fueron a regresar; entonces yo me juí".

Severiano Castillo Palma
Sta. Cruz, D.F.

"Bueno, entonces ya pensaba él ir, mi padre. Dice: —Ahí te

quedas tú cuidando la familia.

Le digo: —En tal caso mejor yo voy, porque yo estoy en mi apogeo, yo estoy deveras ahorita en mi apogeo, y si me muerdo estoy bien muerto. Pero usted no, usted mejor cuídese. Y mejor yo fui a suplir el compromiso, mejor yo me fui".

Plácido Amacende Pérez
Tepalcingo, Mor.

"Después el gobierno llegaba a la cañada y jallaban a los pacíficos, los mataban y entonces toda la gente se levantó a engrosar las filas de Zapata".

J. Carmen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

"Estaba Huerta, y agarraban de a veinticinco. Estábamos apuntados y por eso de que nos lleven a la leva, mejor nos fuimos pa'arriba con la revolución".

Gregorio García
Ajusco, D.F.

"(...) yo me fui porque entonces estaban echando leva y dije: —Saben que me junté con los zapatistas, seguro me matan o me llevan. ¿y qué necesidad? Yo no regreso".

Norberto Reyes Yáñez
Ajusco, D.F.

"[Se fueron a la revolución] por el reparto de tierras, en contra de los grandes latifundios, en primera; en seguida porque el asunto del supremo gobierno que comenzó a hacer fuerte la leva: los agarraba y los mandaba p' al norte. Eso de que los agarraba que se fueran al norte, esos mejor se iban p' al monte con los zapatistas".

Salomé Romero
Ajusco, D.F.

"Pues de pronto diré a usted que no nos fuimos con ningún inte-

rés. Nos fúmos, en primera, por la persecución de la leva; y en seguida, de la venganza de los españoles, porque nosotros estudiamos la situación de los españoles cuando estuvieron en México, y a mí desde chiquillo me daba mucho coraje ¿no?, de los españoles que, pues que maltrataban a los mexicanos y como nosotros ya habíamos pasado por eso, también nos fuimos”.

Leopoldo Alquicira Fuentes
Tepepan, D.F.

“Pus usted ve, era yo chamaco y yo creía que iba a jugar a alguna parte, en primera; en segunda pus nos dábamos cuenta que el supremo gobierno hacía leva, una leva en época de Victoriano Huerta; los agarraba y los mandaba al norte. Dijimos: —A que nos mande al norte, mejor aquí con los zapatistas”.

Clemente Peralta
Ajusco, D.F.

“Sí, pues claro, se defendieron. Porque como... los estaba vendiendo un tal que se llamaba Bobadilla y él, haz de cuenta, los estaba vendiendo en cinco pesos y pues como se levantó Pacheco, claro, se fueron con él. Los llevaban de leva, sí; y claro, como decían, para morir por allá, mejor vámos a morir fueras del pueblo”.

Ignacia Peña Vda. de Fuentes
Huitzilac, Mor.

“(...) los soldados me agarraron y dicen: —¿Tú eres Nicolás?

—Sí señor, a las órdenes de usted. Dice: —¡Ah! Conque tú andas ya con los zapatistas.

—No-le digo—, no señor. Si anduviera yo con ellos no viniera yo en estas trazas; me quitaron mis huaraches, me quitaron mi cobija, nomás me dieron un costal viejo pa' cobijarme.

Enton's nos agarró el agua, me llevaron hasta un paraje que le dicen el Llano de la Viuda, hasta allá me llevaron... Yo creo que por ahí alguno les dijo que a mí me habían llevado los zapatistas y ya nomás me 'staban esperando...

— Y conque tú estabas andando de zapatista ¿verdá?

— No señor, si hubiera yo andado de zapatista no se hubieran llevado mi ganado ¿cómo se iban a llevar mi ganado si yo era ya compañero de ellos?

— ¿Pus entonces? — dice.

— Pues yo no, yo andaba cuidando mis borreguitas y me las quitaron onde nosotros le decimos la Huerta Grande, allí bajaron ellos y allí me las quitaron, se las llevaron y a mí también me llevaron.

Y luego dice: —¡Ah, bueno! Si no nos dices la verdá te colgamos.

— Ustedes saben lo que hacen de mí, si mandan ustedes, yo qué, yo no debo nada...

Dice: —¡No! ¡Cuélguenmelo!

Y sí, me colgaron... —¡Aquí te vas a morir!

Uno hasta estaba preparando el rifle.

— Pus ai ustedes saben lo que hacen de mí, estoy en manos de ustedes.

Aí dice: —¡No! Bueno, bájlenlo. Nos lo llevamos pa' cuartel. Ya me querían llevar de leva, y ya me aprehendieron y todo y ya me llevaban. Y como era tiempo de milpas que agarro y que me voy pa' bajo... y me metí hasta en los puercos... y entonces ya llegó el que iba a echarles de comer a los puercos, hasta los espanté. Dice: —¿Pus qué está haciendo aquí?

— Ya me llevaban de leva, me llevaban ya unos soldados.

Dice: —¡Ajale! ¿Y ora qué piensas?

— Pus ora sí me voy de zapatista —dije—, de zapatista ora sí me voy pus qué. Me voy, me agarran y me llevan de todos modos. Pus de irme a morir por otra parte, pus me muero aquí onde conozco.

— ¿De veras te quieres ir?

— Pus sí, pero namás que yo no sé donde mero estarán.

— Si quieres yo te llevo. Me mandaron un papel, que les saque yo de comer, —dice—, me esperan en tal parte...”

Nicolás Chávez Reyes
Ajusco, D.F.

“No, por cierto no; nada, nada nos ofreció.

— Entonces por qué lo seguía la gente?

— ¿Por qué? por acompañarlo, por acompañarlo, lo único, por eso lo seguíamos a él, primero; en seguida, que supimos que ya viene la leva... ¡Ah! pues cuando tomamos aquí Milpa Alta, entonces era tiempo de Huerta”.

Juan Arellano Aguilar
Milpa Alta, D.F.

“En primera porque en esos años mi padre andaba en la revolución. De ahí de mi tierra se llevaron a las mujeres, como fueron las levadas, enton's se llevaron veinticuatro mujeres de revolucionarios de leva. Yo tuve que haber seguido a mi madre, yo y mi otra hermana y otro hermano, menores que yo. Ai nos estuvimos en Puente de Ixtla, ocho días nos detuvieron en la cárcel, ese mentado Flavio Maldonado...”

David Vázquez
San Gabriel, Mor.

“(...) pasaron por allá los zapatistas, y que les da mi agüela de almorzar a los que llegaron allí.

— ¿Quiobo? Anda, ora Chano, vamos a comer vacal!

— ¿A dónde?

— Pus allá a las Piedras Blancas.

— ¡Vamos! Le traigo un pedazo, agüelita.

— No te quieras ir con ellos ¿eh?

— No, no, voy a traer nomás un pedazo de carne.

¡Sí, qué chingados carne ni que la chingada! Me llevaron a darme en la madre a Tlaquiltenango. Pus sí. ¡Carajo!, ya de ahí me dieron el grado de capitán granadero porque chingué a la guardia ahí en Tlaquiltenango, le puse en la madre pues a todo el campamento...

Sí, nosotros recortábamos el plomo y le hacíamos las bolas, como quien 'ta machucando piedra y luego con el cuero de las reses, metíamos una mechita que tantito apuntara al cuero y la dinamita bien atacada y sí, ahí van las pedradas caído.

¡Carajo! ¡Ruunn! abarcaban más ancho que de aquí a la calle... Harto gobierno, de un chingadazo se morían más de cien pendejos.

Luego llegaba yo: — ¿Ya viniste?

— Ya vine, ya vengo llegando.

— ¿Con quién estabas?

— Pos me jui con Juliano, que mataron una res, mataron un marrano por allá y me jui a comer marrano, res...

Y así los engañaba yo pus para que no supieran que me había yo ido a la chingada por allá, a echar chingadazos, porque no me dejaban, era yo hijo de familia, tenía yo 13 años, era yo pilcate ¿no?"

Feliciano Trejo Torres
Anenecuilco, Mor.

"Cuando empezaron a perseguir a mi hermano, cuando la leva de don Victoriano Huerta, él se fue porque lo perseguían para ser sol-

dado de leva y como se fue él entonces me empezaron a perseguir a mí y tuve que irme también. Cuando yo llegué ya él era capitán, mi hermano".

Leopoldo Alquicira Fuentes
Tepepan, D.F.

"En esa revolución, hombres de este pueblo se fueron muchos a esa lucha con la promesa que hicieron los revolucionarios para recuperar sus tierras y querer demostrar los campos ya entregados".

Pascual Aguilar Tenango
Tepalcingo, Mor.

"El señor Zapata quería que hubiera la paz, él no quería, como quien dice, no quería que se perdiera mucha familia. Pues sí, era jefe de la revolución; haga usted de cuenta que pues, como dice el dicho, él quería que se calmara esa ira que tenían con uno, que lo querían vender a uno. Cuando querían vender a los señores a cinco pesos, a nosotros ya nos querían vender por seis centavos, ¿usted qué hacía?

Defendernos. Bueno, nosotras no, pero los señores tenían que defendernos a nosotras".

Ignacia Peña Vda. de Fuentes
Huitzilac, Mor.

"La causa de que nosotros peleáramos eran las tierras, eran las aguas y los montes. Eso es lo que peleábamos. Eso es lo que nos dijo en general Emiliano Zapata en el Cerro del Jilguero".

Félix Vázquez Jiménez
San Juan Ixtayopan, D.F.

"Por eso Zapata peleó las injusticias que hizo Porfirio Díaz, no hizo justicia para que estén solapando sinvergüenzas... Zapata pe-

leó las tierras para los pobres, no para los chingados políticos".

J. Carmen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

"¡Ah! Pues dice: — Muchachos, estamos luchando por quitar nuestras tierras a los hacendados, a los caciques; ellos son los que las han recogido y ahora las vamos a recoger para ustedes, para que siembren, para que tengan qué comer sus familias".

Telésforo García García
Ocuilán, Méx.

"Les iba dando a conocer lo que peleaba y la gente lo acompañó".

Encarnación Sánchez
Anenecuilco, Mor.

"No, no peleaban la tierra, lo que peleaban era la libertad, la libertad, no peleaban otra cosa. Pacheco no peleaba por bienes o por cualquier cosa, él peleaba la libertad del personaje, no se peleaba por otra cosa. ¿Usted cree que si hubiera peleado por algunas cosas no las habríamos de tener? Pero no tenemos nada, peleamos la libertad, que estuviéramos libres".

Ignacia Peña Vda. de Flores
Huitzilac, Mor.

"La gente ya empezó a ser más libre, ya los trabajos de la hacienda ya no se usaron. Entonces empezó a repartir la tierra; cuando entramos nosotros repartimos la tierra luego luego".

Leopoldo Alquicira Fuentes
Tepepan, D.F.

"¡Ah! Zapata se fue porque él nos platicó una vez que habían maltratado a su papá y él todavía estaba chico, todavía no se podía ir a vengar su agravio que tenía... Y dijo él, dice: no tengas cuidado,

padre, yo nomás que crezca otro poco y verás que yo voy a vengar lo que te hicieron. Ya que llegó el tiempo de que se pudo sublevar, se fue. Y sobre todo lo que él peleaba era justicia y ley”.

Nicolás Chávez Reyes
Ajusco, D.F.

“Allí el jefe nos dijo que se iba a pelear tierra y libertad”.

Clemente Peralta
Ajusco, D.F.

“Pues por defender los derechos de los pueblos, de los terrenos; que después se supo que el general Zapata peleaba por las tierras, así es que se levantaron muchos ahí en el estado de Morelos, todos por allá”.

Juan Arellano Aguilar
Milpa Alta, D.F.

“Todos los que fueron generales, todos los que fueron jefes, oficiales, todos son campesinos, pero nada de militares... Haga usted de cuenta, pura gente pacífica, todos campesinos”.

Juan Arellano Aguilar
Milpa Alta, D.F.

“Puros campesinos que trabajábamos las haciendas; precisamente contra las haciendas precisamente por esa razón... Adoloridos de lo que les hacían en las haciendas se levantaron algunos. Por eso llegaron a reunir como mil hombres. Nos fuimos organizando poco a poco, de pueblo en pueblo, y fuimos aumentando la cantidad de gente, y con pertrechos de armas escasas, no poderosas”.

Serafin Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

“No, nadie, ningún obrero, pura gente del campo; las tropas eran tropas, y los obreros eran obreros y

se quedaron en sus fábricas. Ningún obrero se incorporó, nadie”.

Clemente Peralta
Ajusco, D.F.

“Los zapatistas vestían todos de manta, porque entonces no había pantalones, no había la ropa que hay ora... Sí, antes se conocía a los de Xochimilco; ora ya no, ya no se conocen ni a los de Morelos, porque los de Morelos parecen de México también. Los de Morelos siempre usaban el calzón, pero muy pegado de aquí abajo... Los de Xochimilco vestían con su calzón ancho y pata de perro, porque nunca usaban ni huaraches”.

Leopoldo Alquicira Fuentes
Tepepan, D.F.

Ora este Pacheco agarró a muchos padres y los hacía hacer misa... ¡Y los iba a traer porque los iba a traer! Al que se portaba bien, lo trataban bien, y el que mal, mal. Y había unos que se portaban muy buenas gentes, hacían sus misas y daban consejos, decían que siguiéramos peleando porque teníamos que ganar. Y a los que hablaban mal, por eso les pegaba el general Pacheco”.

Norberto Reyes Yáñez
Ajusco, D.F.

“(...) los que traían eran casi todos los de Morelos. Traían una vírgen, un cuadro como vírgen o santo en el sombrero, todos los de por allá traían el sombrero así, sombreros grandes y con cuadritos así, de un retrato”.

Mauricio Garduño
Tepepan, D.F.

“(...) como escapulario' aquí dentro de mi bolsa o colgado, o la Vírgen de Guadalupe en el sombrero...

ro... Total, y ¡Viva Zapata!”

Norberto Reyes Yáñez
Ajusco, D.F.

“¿Pues qué quería usted que hiciera? Pues andar con mi mamá, que nos andábamos escondiendo porque pues muchas gavillas se desertaban, se burlaban de las chamacas y hasta de señoras ancianas; y naturalmente que nosotros teníamos que andar huyendo. Era gente desertora, que se desertaban bien al gobierno, bien de los revolucionarios, porque no todos eran gente honrada, que anduviera peleando honradamente. Entraban a saquear, se llevaban cobijas, se llevaban todo lo que podían”.

María Félix Torres de Vázquez
San Gabriel, Mor.

“(...) ya dije que había algunos de esos, como digo, sí, eran zapatistas porque daban el título, pero no, eran los que se quedaban, les decíamos ayateros. Los ayateros nomás andaban fregando y poniendo en ridículo a la revolución. Me ordenó el general Zapata que nombrara las defensas y ya que los mataran, y cuando se los llegaban a agarrar se los quebraba el general, porque esos -decía- nomás están desprestigiando a la revolución: no son nada ustedes. Así para ejemplo de otros sirviera”.

Santos Guzmán Ruiz
Puente de Ixtla, Mor.

“De Zapata, sí ese era su pleito, de que abusara la gente... Pos los mandaba a fusilar, según el delito que cometía uno, por ejemplo burlarse de las mujeres o matar a uno que no fuera contrario de nosotros”.

Marcos Lozano Flores
Milpa Alta, D.F.

"El se portaba lo más mejor que podía. Muchas de las veces habla generales que se le sobresalían, eran los abusivos, pero él eso lo evitaba y a muchos jefes los mandó matar por abusivos; y es que por conducto de él no fue hombre malo, no fue hombre, digamos, arbitrario. De lo contrario, cuidaba de la dignidad de la gente, mataba una res y mandaba avisarle a la gente que vivía allí en los campamentos que había carne, y daba a cada quien su pedazo para que no se quedara sin comer, porque no había tortilla, no había maíz, y a puro caldo".

Angel Abundez García
El Higuierón, Mor.

"Mi esposo fue José Fuentes; él fue zapatista, él sí agarró las armas, pa' que es más que la verdad. Pues nos conocimos en Huitzilac, cuando hubo media pavecita, ahí nos conocimos y me junté con él, como dice el dicho. Como era yo señorita, pus claro, entonces unos manoteaban a una, y para que no me desgraciaran mejor me junté con él. Sí, me llevó pa'l monte".

Ignacia Peña Vda. de Fuentes
Huitzilac, Mor.

"(...) se fueron porque nos fuimos todos, toda la gente. Vea usted, cuando se va uno a una feria, así los vamos siguiendo ahí, no sabíamos ni por qué, y así es que muchas gentes murieron por ahí sin saber por qué. Así estaban mis hermanos chiquitos; al más chiquito le conté treinta y siete puñaladas y un balazo, le entró por un oído y le salió por un ojo. ¡Que acto más criminoso! Tendría nueve o diez años, por ahí sí, y no era ni revolucionario; andaba ahí con nosotros, sí, pero pues ¿por qué son tan criminales

o qué?..."

Norberto Reyes Yáñez
Ajusco, D.F.

"Mi hermano mayor tenía treinta y seis años. Pero, sabe usted, que se lo llevaron los huertistas y se murió aquí en Contreras, lo mataron. Otro hermano era de veinticinco años (ni uno fue casado) y era un muchacho gordo él; lo mataron allí adelante".

Juliana Flores Vda. de Bolaños
Ajusco, D.F.

"Pues teníamos ropa de cuando nos habíamos levantado, y allí en unas casas, entrábamos en esas casas y pedíamos y nos daban ropa, nos daban ropa".

Juan Arellano-Aguilar
Milpa Alta, D.F.

"Nosotros comimos el perro, porque no había de donde sacar maíz; comimos el perro, comimos la acémila, comimos el caballo, comimos el burro, esa era nuestra comida; y esas yerbitas que hay en el campo que parecen platanitos, se rascaba y a lavarlos bien para comer. Pues Dios preveía para nosotros; lo que le pedíamos encarecidamente a la Virgen de Guadalupe, que nos ayudara".

Ignacia Peña Vda. de Fuentes
Huitzilac, Mor.

"Cuando estábamos aquí en Huitzilac me alquilaba, llevaba yo pulque, con un cuero con el pulque. Lo iba a cambiar cuando estábamos por allá cerquita y cuando no, como tanto nos correteaban.. ¿Y qué cosa vamos a agarrar? Ya no podía yo. ¿Y qué cosa comíamos? Nada, nada comíamos. Por eso ya estaba yo muriendo de hambre".

Petra Martínez de García
Ajusco, D.F.

"(...) cada quien trabajaba pa' comer porque nadie nos daba. Más en tiempo de temporal que hay algo de maíz, pero en tiempos malos, pues me dá vergüenza decir, pero sí íbamos a robar... A las milpas, a los dueños de las milpas les robábamos dos, tres, cuatro cargas de mazorcas, según, unos por un lado, otros por otro. ¡Ah! siempre en la revolución teníamos que arañar las manos, pa' qué es más que la verdad, y eso nomás pa' vestirse y pa' comer".

Norberto Reyes Yáñez
Ajusco, D.F.

"Tuve que salirme para afuera en compañía de los rebeldes, porque pus no podíamos estar adentro por las levas. Y de todos modos de allí nos arrebataron y nos llevaron para otro lado. Mejor morir de hambre en el campo, pero es campo conocido, nuestro".

Angel Abundez García
El Higuierón, Mor.

"Pues como Dios nos ayuda, a veces íbamos a comprar maíz a Jolalpan, caro; a veces sabadilla, sembraban de riego y nosotros íbamos a matar el ganado de los caciques, ahí se metieron con el gobierno pá allá, y a ese íbamos a chingar; se acabó el ganado de la hacienda. Ahora, le dije a Mendoza: —¿Qué hago, general?—¿De qué? — ¡Carajo! Tanta gente que se muere de hambre. ¡Carajo! ¡Y está trabajosos!".

J. Carmen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

"¿El agua? Pues andábamos buscando, con perdón de usted, hasta en partes comíamos tierra mojada, zacate tierno, jalábamos y masticábamos la yerba esa que le dicen carlosanto... Pelábamos las

espinas y masticábamos, en tiempo de secas. Ya como ahora en tiempo de aguas, pos hay bastante qué comer porque ya había, por ejemplo en la boca del monte. Cuando unos sembraban acá pos bajábamos a cortar haba, elote y a llevar al monte a cocerlos. Pero en tiempo de secas sabían otros compañeros en el monte que habían unos troncos ya podridos y ahí se encharcaba el agua y ahí íbamos a tomar agua. En los pedregales había unos tecajetes de piedra y ahí a veces encontrábamos agua y ahí tomábamos, y si no, llevábamos unos guajes cargando o a cabeza de silla de los caballos, colgados ahí, y en donde teníamos sed nos íbamos limitándonos— ¿Y hasta dónde vamos a quedar, qué lugar? —A tal parte. Y ahí nos quedábamos; con perdón de usted, como animales comíamos, maíz y habas y tragos de agua”.

Juan Arellano Aguilar
Milpa Alta, D.F.

“De comer pos *tepezihui*, puro caballo comíamos. Le nombrábamos el *tepezihui*, matar un caballo y a comer. ¿Qué otra cosa comíamos? Sufrimos mucho”.

Gregorio García
Ajusco, D.F.

“Luego decla: —Andale, hermana, vamos a sacar en los árboles puro ocote. Ocote del árbol y lo íbamos a vender hasta Cuernavaca, y allá lo íbamos a vender y comprábamos arroz, comprábamos frijol o comprábamos maicito y ya lo llevábamos para sostenernos. Teníamos que andar escondiéndonos, en donde durábamos cuatro días o donde durábamos ocho días y luego nos iban a corretear y así andábamos por los montes. Pero ¿cree usted

que estoy muy ignorante para eso? Sólo Dios sabe por dónde anduvimos. Imagínese usted, y yo por eso es la más tristeza que me da”.

Juliana Flores Vda. de Bolaños
Ajusco, D.F.

“Pues pidiendo tortillas en los pueblos. En la noche, a veces nos bajamos aquí en San Pedro Atocpan a pedir tortillas en casas ajenas y en casas de otros compañeros que se levantaron, y ellos nos guiaban para pedir tortillas. A veces yo me bajaba ahí en el barrio, allá en mi casa, venía yo a traer tortillas y con nuestros morrales y ahí vámonos”.

Juan Arellano Aguilar
Milpa Alta, D.F.

“Cuando se podía comíamos tortilla, aunque sea de a una. Si teníamos hartito, teníamos como un cuartillo, nos alcanzaba de a dos tortillas, y cuando no, no. Porque entonces nos llevaba mi mamá, eramos nueve, y si tenía hartito nos alcanzaba de a dos, de a tres tortillas; y si no, aunque de a una, de a pedazo cada quien, pero nos tiene que partir lo que vamos a comer”.

Concepción Pasalagua Huertas
Ajusco, D.F.

“Cada quien sembraba tlacololitos, sembraba tlacolol en el cerro, allí en lo sólido, en las lomas, para que cuando se reconcentrara uno tuviera qué comer. Pero ya con la hacienda ya no se trabajaba. Y pues a trabajar en el campo, como todos, en el cerro sembrando tlacololitos, allá en las barrancas, y después de la reconcentración a acarrear leñita, porque estábamos aislados”.

Ángel Abundez García
El Higuero, Mor.

“Pos juntábamos la bellota, juntábamos el tejocote y aunque sea un platito de nixtamal y con ese lo revolvíamos y echábamos gorditas; igualmente hasta donde alcanzaba, revolvíamos la bellota con nixtamalito, tantito, y si no, pos no. Rascábamos un hoyo en donde cabía el maicito para tostarlo y ese ya llevaba su ayatito de mi mamá, y con ese ya lo cuela y ya nos da a cada quien su puñito; y si tuvimos agüita, bien, y si no pos íbamos a donde están leñando, íbamos a chupar allá, y si no pos íbamos mis hermanos y yo a traí agüita a donde había. Igualmente, si hay hartito, tenemos con qué matar la sed, y si no hay hartito pos con lo que nos daba mi madre, con eso nos quedábamos para todo el día. Igualmente, cuando teníamos carnita, bien, y cuando no pus arrocito, frijolitos...”

Concepción Pasalagua Huertas
Ajusco, D.F.

“(...) sufríamos mucho de hambre. El día que teníamos qué comer, bien; el día que podían avanzar algo ellos, llegaban y comíamos, y el día que no, pus no. Había veces que andábamos hasta tres días sin comer”.

Catalina de Chávez
Ajusco, D.F.

“El '14 sembramos un tlacolol en en cerro. El '15 bajamos y nos volvió a correr el presidente, que era entonces Venustiano Carranza; nos echó fuera otra vuelta”.

Agapito Pariente Aldana
Tepalcingo, Mor.

“Nosotros sentimos igual, igual con los carrancistas como los huertistas, parejitos, igualitos”.

Telésforo García García
Ocuilán, Méx.

"Sólo que hasta última hora ya fuimos a pelear con Carranza. Carranza quería matarnos a todos, eso es lo que quería".

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

"Estuvimos en el campamento de Atixtapan, en Santa Martha, en la Puerta, en Viborillas, en los Cuamiles... En los Cuamiles estábamos cuando fue la batalla de Calderón, que se acabó toda la gente".

Catalina de Chávez
Ajusco, D.F.

"¡Ah! la gente ya estaba acostumbrada, la gente del sur. Llegábamos a una casa y:

— Señora, regáleme una tortilla

— Sí, cómo no. Pasen, pasen.

El pueblo todo era zapatista, sí, por donde quiera que llegábamos era eso".

Leopoldo Alquicira Fuentes
Tepepan, D.F.

"Los pueblos nos ayudaban: llegábamos a alguna parte y el mismo pueblo nos daba de comer; que salíamos a alguna parte, en algún cerro, el pueblo nos llevaba carga de tortillas y itacates, en fin, y así comíamos. El mismo pueblo que quería a Zapata, decía: —No es posible que Zapata esté muerto de hambre con su gente; vamos a mandar dos burros de tortillas..."

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

"Nos mandaban pedir uno o dos cargas de maíz o tortillas y íbamos y con eso les ayudábamos... Pues en primer lugar porque ellos tenían las armas; y otra, que nos ofrecieron que nos iban a dar las tierras, por el interés de las tierras. Y mucha gente murió por la necesi-

dad de las tierras, abrazaron el partido agrarista".

Agapito Pariente Aldana
Tepalcíngo, Mor.

"Se los llevaban lejos a guerrear y nosotras en el campamento. Pero nos dejaban un resguardo, por alguna cosa que hubiera"

Ignacia Paña Vda. de Fuentes
Huitzilac, Mor.

"(...) — A ver, ¿Cuántas armas recogió?

— Veinticinco carabinas.

— Repártaselas a los que no tienen. ¿Cuántas parqueras?

— Cuarenta y ocho.

— ¡Andele, reparta el parque y vámonos!"

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

"El gobierno tenía parque suficiente; el zapatismo pus tenía parque, pero no pa' sostener todo un día la guerra".

Encarnación Sánchez
Anenecuilco, Mor.

"Tenía armamento y todo, pero era del enemigo. Cañones y ametralladoras tenía Zapata, todo el gobierno. Sí, porque al extranjero no le pedíamos ni un peso, ni un cartucho".

J. Carmen Aldana Aragón
Tepalcíngo, Mor.

"Yo me fui con una pistolita de cilindro y un machete; esa fue mi arma. Y los demás con puñales, con el corazón; otros con escopetas y otros con rifles de '12 y otros con escopetas de munición".

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

"¿Qué nos van a dar? Si acaso usábamos armamento y parque, pero en donde morían los federales:

íbamos a avanzarlos y con eso nos armamos y servían para ir en contra de ellos".

Juan Arellano Aguilar
Milpa Alta, D.F.

"Cada quien conseguía su carabina para pelear, porque muchos se fueron con escopetas o llevaban un machete o llevaban un garrote cuando empezó la revolución. No todos llevaban armas. Llegábamos a ganarle al gobierno y pues se avanzaban las armas".

Leopoldo Alquicira Fuentes
Tepepan, D.F.

"Nosotros poníamos emboscadas. Sabíamos que el gobierno iba a pasar por el cerro fulano, en el cerro zutano tiene que pasar; ahí, cuando pasaban: ¡pac! y a matar al gobierno y a avanzarnos las carabinas de ellos, y el parque, cañones y ametralladoras".

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

"Cuando perdimos Cuernavaca, el jefe Emiliano nos dijo: — Miren muchachos, ahora ya no vamos a presentar líneas, ahora ya vamos a pura guerrilla; nada más vamos a comenzar a trabajar cada quien por su rumbo. De manera es que a nosotros nos tocó por acá estos montes, y a los de por allá, por allá. Bueno, cada quien por su rumbo".

Severiano Castillo Palma
Santa Cruz, D.F.

"Mira, tuvimos un combate en Calderón, que perdimos. Murieron más de seicientos hombres de infantería, y murieron de caballería; allí murió mi hermano... De Ajusco murieron veintidos criollos en ese ataque, pero de varios pueblos se

murieron más de seicientos hombres”.

Salomé Romero
Ajusco, D.F.

“Ya estaba Carranza de nuevo funcionando y es precisamente cuando mandó a Guajardo a matar a Zapata. Ese Guajardo se presentó con dos mil hombres en la hacienda de Chinameca”.

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

“Entró un señor que era su compadre que se llamaba Joaquín Cortés, de Tepoztlán. Entró en lugar de Zapata, y como tenía su caricatura de él, le dió todo, el caballo y todo, y se metió a la hacienda”.

Agapito Pariente Aldana
Tepalcingo, Mor.

“Sabes, que un compadre árabe andaba con él, y ese día se desapareció el árabe y Zapata; en la noche se pelaron los dos. El árabe lo llevó pa’ su tierra, porque ya nunca lo vimos. Dijo Mendoza: —Infórmese, a ver si está por ahí. Hasta ahora no sabemos dónde está”.

J. Carmen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

“Ya quedaron Guajardo y Zapata como compañeros, pero ya la traición era para él, para Zapata... Había un compadre que sabía que lo iban a fusilar a Zapata y entonces ese compadre fue y le dijo, allá en la Piedra Encimada: —Compadre, vengo a morir por tí; nomás te encargo a mi mujer. Me haces favor de darme tu traje, tu sombrero, tus espuelas y el caballo. Y ahí estuvo lo bueno. Entonces estaba un húngaro, compadre del ge-

neral Zapata y le dijo: —Pus nomás nos pelamos... Pelaron gallo”

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

“Dijo un guacho: —Ora sí, cabrones, ya quedaron huérfanos, ya a su padre se lo llevó la chingada. Despidanse de su jefe. Entonces agarraban la mano derecha del jefe para ver si era: —¡Adíos, mi general! Pero nosotros le buscábamos el dedo, porque estaba mocho de aquí; —¡Adíos, mi general! ¡Se nos acabó el orgullo! Y que le ven aquí: tenía su dedo entero”.

J. Carmen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

“Se fueron para Hungría, y se lo llevó su compadre el húngaro y allá estuvieron en Hungría. Bueno, total que se escapó el general Zapata y lo querían los húngaros como a un dios”.

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

“Pues se salió de allá..., que se chispa y se va. Se fue a la vida privada, hizo como el profeta Moisés. ¿Usted no ha leído la Escritura? Porque Moisés sacó a su hijos de Egipto, los dejó unos días y se alejó para la tierra santa, fue a la tierra prometida... Después le decían: Moisés, vete a ver a tu pueblo, se está volteando, dicen que hicieron un becerrito de oro... Y pues yo digo que así ha de haber sido”.

Agapito Pariente Aldana
Tepalcingo, Mor.

“Los hombres que son hombres deben morir para demostrar la hombradía. Entonces, para mí es muerto, porque demostró que él murió como Jesucristo; el murió para defender a la gen-

te y Jesucristo así lo hizo, y es que designó su vida para que los demás se salvaran... si no hubiera muerto la cosa no valdría”.

Angel Abundez García
El Higuera, Mor.

“Ya no volvió, ya no lo dejaron venir porque tenía muchos enemigos, todos los hacendados, todos los políticos. Aquí todo Cuautla era en contra de él. Pues quedó precisamente el nombre de Zapata, porque Zapata no murió, como le digo a usted. Tendrá apenas veinticinco o treinta años que murió, de muerte natural hasta eso, en su cama, allá con los húngaros. Así es que ahí se perdió, porque ya le digo, los mismos espiritualistas sabíamos que vivía, y después una hermana mía, que también era espiritualista, me platicaba: —pues ora sí ya se acabó el general Zapata, ya no existe”.

Serafín Plascencia Gutiérrez
Villa de Ayala, Mor.

“(...) estaba Obregón y ya nosotros ya no teníamos qué comer no podíamos andar por aquí; tuvimos que entregar las armas con las fuerzas de Obregón”.

Telésforo García García
Ocuilan, Méx.

“Pues saben que todos quedamos así sentados, y hasta después, cuando entró Obregón, nos reconocio”.

J. Carmen Aldana Aragón
Tepalcingo, Mor.

“Pues que se fueron sentando. Algunos siguieron y algunos se metieron allá con el presidente de la república, ahí les dieron lugarcito, y así se retiró toda la gente”.

Plácido Amacende Pérez
Tepalcingo, Mor.

“Fue hasta 1919, ya se calmó entonces y ya tuvimos algo de paz”.

Agapito Pariente Aldana
Tepalcingo, Mor.

“Pues por lo que toca a mí y como campesino que soy, digo que la revolución fue buena, pues no estamos sujetos a los españoles como estábamos antes; y por eso digo que fue buena, porque el caudillo peleó las tierras que tenían agarradas todos los españoles hacendados, siendo las tierras de la nación mexicana y por eso fue la revolución, pa’ que tuviéramos las tierras nosotros. Al menos todos los que poseemos un pedacito de tierra de ahí nos estamos sosteniendo, de ahí vivimos”.

David Vázquez
San Gabriel, Mor.

“Ahora estamos por una parte bien, pero por la otra parte mal, pos todo lo que tenemos está bien caro... De qué sirve que uno gane más, si casi lo que era un centavo ora es un peso”.

Santos Guzmán Ruiz
Jojutla, Mor.

“Pues ahora no hay mucho trabajo y todas las cosas están caras, están caras, no alcanza”.

Francisco Guerrero Porrón
El Higuero, Mor.

“Pues antes estábamos muy sobajados de todos, mandados por hacendados, por jueces, bueno, por todos. No podía usted sacar las uñas, ahí estaban, luego le cortaban las uñas. Y así ya va sucediendo ora, poco más o menos”.

Severiano Castillo Palma
Sta. Cruz, D.F.

“Pus yo le digo que ansina como nos han tratado de engaños no se cumplió el Plan de Ayala, ni se cumplirá jamás; a menos de a bayoneta, asina sí yo creo que se ha de cumplir. Pero no, ya no habemos hombres que nos ‘dispusemos’ con los ideales que fueron anteriores; ahora ya todos tenemos qué comer, tenemos la tierra, tenemos animales, allí hay caciques que tienen sus terrenos, los arriendan ahí; hay personas que tienen sus casas, las arriendan y con eso se van mateniendo. Dicen: —Yo no tengo necesidad de seguir a aquel loco, aquél porque está loco anda haciendo guerra, anda haciendo revolución...”

Feliciano Trejo Torres
Anenecuilco, Mor.

- 1) Entre estos caben destacar: Manuel Márquez Sterling, Octavio Paz, Carlos Fuentes, John Womack, Adolfo Gilly, Jesús Sotelo Inclán, Gastón García Cantú y Arturo Warman, quienes, según creo, han sido los que más se han aproximado a la realidad zapatista como forma de oposición campesina coherente, en que la alteridad cultural — como fundamento de la identidad del zapatista — fue la parte subyacente a las demandas agrarias.
- 2) A. Warman, ... *Y venimos a contradecir. Los campesinos de Morelos y el estado nacional*, México, CISINAH, 1976, pp. 62—89.
- 3) Para quien se interese en el estudio de la modernización y de las rupturas y oposiciones sociales que generó: cfr. S.N. Eisenstadt, *Modernización, movimientos de protesta y cambio social*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1972. Asimismo, dando como ejemplo a la "plebe" inglesa del siglo XVII, Cfr. E.P. Thompson, *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*, Barcelona, Editorial Crítica, 1979, Cap. I Sobre las protestas agrarias en América y Europa, desde el final del feudalismo hasta la década de los sesentas de nuestro siglo, cfr. Henry A. Landsberger (ed), *Rural Protest: Peasant Movements and Social Change*, Londres, International Institute for Labour Studies, MacMillan press, 1974, (existe una edición en castellano).
- 4) Esta vertiente tiene, a su vez, una doble particularidad: la contradicción entre la hacienda y los trabajadores formalmente libres de las comunidades campesinas, y la de la hacienda y los trabajadores acasillados (realengos). Aquí únicamente manejaremos la primera, ya que el campesino "libre" fue el rebelde zapatista mientras que el realengo se mantuvo al margen del movimiento. Cfr. Warman, *Op. cit.* p. 124—129.
- 5) Warman, *ibid.* pp. 79—89.
- 6) Además, la hacienda aprovechaba estas formas de organización campesina para la explotación del trabajo infantil, por medio de los contratos a los jefes de familia. Por otro lado, la organización de las familias extensas campesinas permitió a la hacienda disponer en exceso de fuerza de trabajo, pues los desempleados podían mantenerse del trabajo colectivo familiar; esto, sin embargo, presionó de tal modo a la organización básica campesina, que le hizo ver en la recuperación de las tierras el único camino viable para subsistir.
- 7) La "economía del prestigio" funcionó, en las relaciones sociales campesinas, como organizador de las escalas (*status*) internas.
- 8) Aquí nos referimos específicamente a las concepciones estatales occidentales (capitalistas) derivadas de las reflexiones de Clausewitz sobre la guerra, en la que la diplomacia y la violencia juegan roles paralelos para dirimir las diferencias ocasionadas por una correlación de fuerzas equilibrada.
- 9) Obviamente, los argumentos de los hacendados sobre la violencia aplicada para "la selección" de los trabajadores eran otros. L. Espejel y S. Rueda, *La lucha de clases en el campo morelense, 1870—1914*, INAH, en preparación.
- 10) Sobre todo de militantes de la Casa del Obrero Mundial y de los maestros ligados al anarco-sindicalismo, perseguidos por el gobierno de Victoriano Huerta.
- 11) En este sentido, nos ajustamos al modelo de análisis de las élites modernizantes propuesto por S.N. Eisenstadt, *Op. cit.*
- 12) Se parte de la premisa, pues, de que el campesinado del centro-sur del país —actor principal del movimiento zapatista— es culturalmente distinto a los campesinos no indígenas de México; asimismo, definiríamos a este campesinado como al mismo tiempo "inculturado y aculturado", a diferencia de los indígenas que han vivido en zonas aisladas (inculturados). Esto, entonces, nos hace pensar en la existencia de "desniveles culturales internos", dentro de las formas culturales nacionales. Véase A.M. Cirese, *Ensayos sobre las culturas subalternas*, México, CISINAH, 1979. (Cuadernos de la Casa Chata, 24), p 46 y ss. Sobre las diferencias entre el campesinado mexicano en el porfiriato, cfr. F. Katz, *La servidumbre agraria en México en la época porfiriana*, México, SEP, 1976 (Septentinas, 303).
- 13) Entrevistas realizadas por el Programa de Historia Oral (Área centro-sur) del INAH, coordinado por Alicia Olivera (1973—1977). Véase la selección de testimonios zapatistas que forman parte de este trabajo, de los cuales algunos pertenecen al archivo de cintas magnetofónicas formado por el PHO—INAH; los otros testimonios se lograron durante la filmación de la película *Testimonios zapatistas*, de Adolfo García Videla (Filmoteca—UNAM).
- 14) Ya Womack apuntaba que el zapatismo era "una liga de comunidades armadas". Empero, no todos los campesinos fueron guerrilleros, aunque sí la mayoría fue zapatista. Como veremos un poco más adelante, cierto tipo de campesinos tomaron las armas y se ligaron "contractualmente" y a nombre de sus pueblos —obviamente en parámetros protocolarios campesinos— a la guerrilla. J. Womack, *Zapata y la Revolución Mexicana*, México, siglo XXI Eds., 1974, pp. 74—75.
- 15) En este sentido, es importante partir de la concepción de Cirese sobre la "alteridad cultural" y sus implicaciones históricas. Cirese, *Op. cit.* 66—88.
- 16) Cfr. Adolfo Gilly, "La División del Norte y Pancho Villa. El tiempo de los héroes y los mitos", en J. Lavretski y A. Gilly, *Pancho Villa. Dos ensayos*, México, ed. Macehual, 1978, pp. 207—229.
- 17) En 1918, Zapata afirmó que la aspiración suprema de su revolución era "pretender la mejoría de condición para el indio y para el proletariado". La médula del programa revolucionario sería, basándose siempre en los postulados

- del Plan de Ayala, la siguiente: reforma agraria, reivindicaciones de justicia, constitución de las libertades municipales, implantación del parlamentarismo, abolición del caudillaje y, finalmente, "el perfeccionamiento de diversos ramos de la legislación para que responda a las necesidades de la época y a las exigencias crecientes del proletariado de la ciudad y del campo". Archivo General de la Nación, Fondo Genovevo de la O, 15 de marzo de 1918. Una colección bastante completa de documentos programáticos zapatistas y de su interpretación aparecerá pronto en el trabajo colectivo del Seminario de Movimientos Campesinos del Siglo XX. L. Espejel, A. Olivera y S. Rueda, *El Programa Político Zapatista*.
- 18) A.G.N., Fondo Genovevo de la O, 20 de enero de 1917. L. Espejel, et al., *Ibid.*
 - 19) Entrevistas del Programa de Historia Oral, ya citadas. Véase la selección de testimonios en este trabajo.
 - 20) Por otra parte, se debe tomar en cuenta que no existen ejemplos históricos de "triunfos" de utopías campesinas ni de su imposición en espacios no campesinos, ya que de haberlo sido, desde luego, no serían consideradas como tales.
 - 21) Véase A. Warman, *La danza de moros y cristianas*, México, SEP, 1972, p. 168, (Sepsetentas, 46).
 - 22) Aquí vale la pena aclarar que entendemos a la *conducta social* como el vehículo de la cultura, esto es, que tanto las formas culturales como el contenido de la cultura se manifiestan en la práctica a través de las conductas socialmente establecidas para normar las relaciones entre los hombres. Las formas culturales y el contenido de la cultura son dos categorías ampliamente explicadas por Thompson: las formas culturales apelan a la costumbre y a los usos tradicionales, mientras que entiendo al contenido de la cultura como la situación histórica del cambio del ser social, que ubica a los hombres ante su realidad. Thompson, *Op. cit.* pp. 44-45.
 - 23) En la cotidianidad campesina, el aspecto lúdico, por ejemplo, llega a tener gran trascendencia por y dentro de la misma economía del prestigio; de esta manera, la valentía y la habilidad en alguna actividad, considerada meramente como "diversión", traspasa su utilidad simple e inmediata y entra en el juego de los valores esenciales. Las pruebas son puestas en los días de fiesta: los juegos de toros, jaripeos, charreadas y corridas dan pauta a sobresalir y a conseguir, por así decirlo, un elemento identificador y diferenciador: el mejor jinete o el charro más valiente adquieren en este espacio y tiempo (ruedo-fiesta) un rasgo de importancia dentro de la comunidad, acumulándose, generalmente, con los otros elementos diferenciadores específicos de los distintos niveles de acción en la vida cotidiana.
 - 24) Véase J. Womack, *Op. cit.* cap. III; J. Sotelo Inclán, *Raíz y Razón de Zapata*, México, Editorial C.F.E., 1970; G. Magaña, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, 5v., México, Editorial Ruta, 1951, T.I.
 - 25) El deslinde interno sobre quién sería el dirigente campesino sureño, en el maderismo y posteriormente durante la lucha autónoma, fue definido entre los distintos jefes regionales independientes (Genovevo de la O, Francisco Mendoza, Gabriel Tepepa, Pablo Torres Burgos, "el Tuer-to" Morales, etc.) a través de la discusión interna, la aceptación consensual de los pueblos y, finalmente, con la muerte de algunos de ellos.
 - 26) Por supuesto, su prestigio y el de sus guerrilleros adquirió nuevos elementos a lo largo de la revolución.
 - 27) El ejército permanente zapatista estuvo mayoritariamente constituido, según investigaciones hechas en este Seminario de Movimientos Campesinos del Siglo XX, por jóvenes de entre los 16 y 22 a 25 años. En general, estos jóvenes trabajaban ayudando a su padre en la agricultura y el pastoreo. Excepto en las zonas más castigadas por los federales y carrancistas, los jefes de familia apoyaron con alimentos y forraje al movimiento, y rara vez empuñando las armas.
 - 28) En un trabajo más extenso, del cual este ensayo forma parte, profundizo más sobre las concepciones campesinas sureñas del "trabajo" y de "tiempo libre", muy diferentes a las visiones "occidentales" que al respecto se tienen.
 - 29) Podrá notarse que las causas de incorporación fueron muy distintas, aunque siempre con una raíz cultural campesina indígena. Las causas, pues, variaron desde "el acompañar a Zapata a tumbar a Porfirio Díaz", hasta una especie de mesianismo, confundiendo a Madero con la cruz cristiana, lo que, por otra parte, nos recuerda la rebelión de los indios de Yucatán en el siglo XIX.
 - 30) Es muy común oír entre los veteranos revolucionarios no sureños -y haciendo burla de éstos- que en el zapatismo "hubo más coroneles que soldados".
 - 31) Esta fue la causa más común de incorporación de los "zapatistas periféricos" (Distrito Federal, Estado de México) quienes eran, asimismo, los que menos conocían los objetivos revolucionarios. Se unieron a los rebeldes morelenses porque temían "morir en otro lado" a favor de un gobierno al que apenas concebían, mientras que en el monte había campesinos como ellos -cultural, económica y socialmente afines-, que podían defenderlos o, cuando menos, darles la posibilidad de permanecer en su espacio conocido.
 - 32) La memoria popular es menos prolija en lo que se refiere a asuntos más o menos "normales" que a los ejemplares o curiosos. En este caso, por ejemplo, se recuerda perfectamente el nombre y las hazañas de "la coronela Rosa"; no así los de su esposo. Por otro lado, hay que agregar que fueron muy frecuentes los casos de mujeres guerrilleras en el zapatismo.

- 33) Esta característica es, al parecer, muy común en las guerrillas campesinas indígenas. El estado, por experiencia conocedor de esta facultad de fácil reproducción y capacidad de absorción de golpes de los grupos guerrilleros agrarios, implementó, a través de su ejército, tácticas debilitadoras: reconcentraciones, movilizaciones de poblados enteros, quemas de casas, siembras y trojes, etc. Esta práctica militar fue utilizada en México antes, durante y después de la revolución.
- 34) Se trata del lema oficial del movimiento. Durante la lucha, se hicieron varias sugerencias a Zapata para cambiarlo o reformarlo; sin embargo, ninguna de ellas fue aceptada. En este sentido, sale sobrando que expliquemos que la frase comúnmente adjudicada al zapatismo -la de los anarquistas, "Tierra y libertad"-, jamás fué usada en ningún documento.
- 35) Adolfo Gilly tiene cierta razón al hablar de "la comuna de Morelos" como el espacio donde se practicó políticamente la revolución zapatista. A. Gilly, *La revolución interrumpida*, México, El Caballito, 1978, (Colección Fragua Mexicana). En el amplio análisis sobre el zapatismo, del que este ensayo forma parte, hago una reconstrucción pormenorizada de la vida cotidiana del campesinado zapatista; adelante, por lo pronto, que la isla creada por el zapatismo no fue, ni con mucho, homogénea, ni que su funcionamiento político, económico y social interno -en la cotidianidad de los pueblos y campamentos- correspondió con exactitud al modelo histórico de "la Comuna de París". Antes bien, en lugar de hablar de "una isla", debería referirme al "archipiélago" zapatista.
- 36) A. Langle R., *Huerta contra Zapata. Una campaña desigual*, México, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 1981 (Serie: Historia Moderna y Contemporánea, 4), p. 113.
- 37) Womack, *Op. cit.*, p. 250.
- 38) Miguel León-Portilla, *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, México, UNAM, 1972, (Biblioteca del Estudiante Universitario, 81), pp. 166-7. Recuérdese este texto del Manuscrito Anónimo de Tlatelolco, 1528, cuando se lean los testimonios zapatistas de la vida en los campamentos.
- 39) L. Espejel, A. Olivera y S. Rueda, *Op. cit.* Sobre un análisis global de los documentos, véase A. Olivera, "La tropa pide la palabra", en *Boletín del Archivo General de la Nación*, T. II (8), México, 1979. Como puede verse, la autonomía zapatista no significó nunca *separatismo*. El cuartel general siempre tomó en cuenta a la *nación* -aunque con una concepción propia- para manejarse políticamente. De hecho, pensaba en la organización de un país social, económica y culturalmente múltiple pero igualitario.
- 40) Cirese, *Op. cit.* p. 48.
- 41) Recuérdense las justificaciones colonialistas alemanas en los años previos a la primera guerra mundial, destinadas a envolver su "necesidad" de extenderse hacia el oriente y "salvar al mundo civilizado del peligro oriental".
- 42) Manuel Márquez Sterling, *Los últimos días del presidente Madero. Mi gestión diplomática en México*, La Habana, Imprenta del Siglo XX, 1917, pp. 266-67.
- 43) Cfr. A. Olivera, "¿Ha muerto Emiliano Zapata?", en *Memorias de las Jornadas de Occidente*, II, Juiquilpan, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana "Lázaro Cárdenas", 1980, pp. 121-140.
- 44) S. Rueda, "Los dos Emilianos Zapata. Concepción clasistas en torno a una figura", en *Boletín del Centro de Estudios...*, Juiquilpan, abril 1980, no. 3, pp. 43-51.